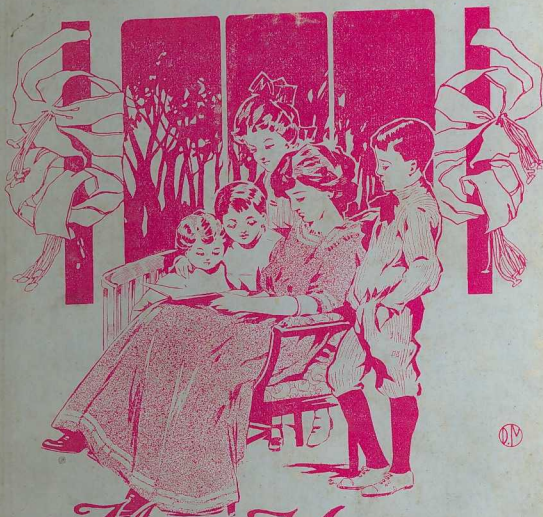


ANDRÉS FERREYRA



# *Mi Hogar*

BUENOS AIRES

ANGEL ESTRADA Y CIA. - EDITORES

466-CALLE BOLIVAR-466

Biblioteca Nacional de Maestros

LL  
1915  
FER



00078842





Es propiedad de los EDITORES, quienes la ponen  
bajo el amparo de la ley N.º 7092.

O. R.  
G. N. de S.

ANDRÉS FERREYRA

PROFESOR NORMAL, EX INSPECTOR TÉCNICO GENERAL DE ENSEÑANZA  
PRIMARIA, CATEDRÁTICO DE LA ENSEÑANZA SECUNDARIA, OFICIAL DE ACADEMIA

# MI HOGAR

LIBRO DE LECTURA

31.242



BUENOS AIRES  
ANGEL ESTRADA Y CIA.—EDITORES  
466 — Calle Bolívar — 466  
1915

135X 195



Biblioteca Nacional de Maestros

## OBRAS DEL MISMO AUTOR

---

El Nene.—Carteles de Lectura e Instrucciones.

» Método de Lectura y Escritura, 1.<sup>er</sup> libro

» ( en colaboración ) 2.<sup>o</sup> »

» » » 3.<sup>er</sup> »

Curso completo de Idioma Nacional para la enseñanza primaria.

Curso completo de Idioma Nacional para la enseñanza secundaria.

El Polígrafo Argentino ( en colaboración ).

Geometría Inventiva » »

Las Aventuras de un Niño, 1.<sup>a</sup> parte

» » » 2.<sup>a</sup> »

El Cálculo Infantil ( en colaboración ).

Método de Caligrafía Inventiva e Instrucciones.

El Arte de Estudiar y Enseñar las Lenguas.—(Traducción del Francés).

### EN PRENSA

Mi Patria.

Mi Ley.



## ÍNDICE

---

	<u>Páginas</u>
PROEMIO .....	1
I.—LA CASA SOLARIEGA.....	5
El sitio.....	7
El cuco .....	8
La policía .....	9
El manuscrito .....	11
II.—LAS BODAS DE ORO.....	13
La descarga.....	13
Nuestra familia .....	17
En el comedor .....	19
¿Qué hay adentro? .....	21
Al asalto.....	23
Mi hermana mayor.....	24
Parte del secreto.....	25
Habla mi abuelito.....	27
La gran sorpresa.....	30
Empieza la fiesta.....	32
A componerse.....	34
A la mesa.....	36
La coronación.....	38
La plegaria del abuelo.....	40
La pajarera.....	43
Venga el chocolate.....	45
El sueño del hogar.....	47
III.—EL BAUTISMO DE MI MUÑECA.....	48
La muñeca .....	50
El cumpleaños.....	52
Los besos santos.....	56
Empieza la historia .....	59
Muerta.....	60



	<u>Páginas</u>
Resucitada .....	62
Niña hacendosa .....	64
Mi hermanito .....	65
Ella .....	67
¡Cómo aprendel! .....	68
Mocosito .....	69
Un bautizo .....	70
A la iglesia .....	72
En el baptisterio .....	73
Meditando .....	74
Manos a la obra .....	76
El complot .....	78
La primera parte .....	80
Alto el fuego .....	82
Resignación .....	83
El milagro .....	84
Un fonógrafo .....	86
La vuelta del soldado .....	87
El ausente .....	90
Las cartas .....	92
Las noticias de la guerra .....	94
Las veladas del hogar .....	96
Una buena noticia .....	98
La última carta .....	100
Preparativos .....	104
El gran día .....	107
¡Por fin! .....	109
El almuerzo .....	112
EL CASAMIENTO DE MI HERMANA .....	116
¡22 años! .....	118
El buen amigo .....	120
Las visitas .....	122
Un regalo .....	124
Una petición .....	126
Lo que escuché .....	128
Al día siguiente .....	130

	Páginas
El nuevo papel.....	132
Los preparativos.....	134
El día de la boda.....	136
La boda.....	141
La fiesta.....	146
Uno menos.....	149
LA MUERTE DE LOS ABUELITOS.....	151
La enfermedad.....	153
Malas nuevas.....	154
Días tristes.....	156
Gravisimo.....	158
La consulta.....	160
¡Pobre abuelita!.....	162
La noticia.....	163
El abuelito.....	165
El día siguiente.....	166
La despedida.....	167
La última comunión.....	169
El momento fatal.....	170
La capilla ardiente.....	172
El velorio.....	174
El entierro.....	175
El regreso.....	177
EL DESERTOR.....	179
La deserción.....	181
La despedida.....	184
La unión es la fuerza.....	186
Una carta.....	188
En vapor.....	190
Fuera de la Patria.....	193
La amnistia.....	197
Redimido.....	199
EL PERRO DE VICENTITO.....	201
Los celos.....	203
Bajo la higuera.....	203
La defensa.....	207

	Páginas
A su puesto.....	209
La perrera.....	211
Patentado.....	213
No le toque nadie.....	215
La hidrofobia.....	216
La tumba de León.....	218
EL PRIMER DIENTE.....	219
Todos al asalto.....	221
Mordido.....	222
El regalito.....	224
La nueva vida.....	226
NAVIDAD, AÑO NUEVO Y REYES.....	227
25 de Diciembre.....	228
El Árbol de Navidad.....	230
El curiosillo.....	232
Nuestros amiguitos.....	234
Presidiendo la fiesta.....	236
Cayó el velo.....	238
El combate.....	239
El campo de batalla.....	242
El premio al estudio.....	244
Las mamás.....	246
Las heridas.....	247
AÑO NUEVO.....	248
Dulce despertar.....	251
Las sorpresas.....	253
El almuerzo.....	253
Los REYES.....	259
Sorprendido.....	260
NUESTRA PRIMERA COMUNIÓN.....	263
Al templo.....	265
AL COLEGIO.....	267
A matricularse.....	269
El 1.º de Marzo.....	271
El regreso.....	273
EPÍLOGO.....	275

MI HOGAR

*Al Sr. D. Tomás E. de Estrada,  
que dirige los destinos de la Casa Editora Angel  
Estrada y Cia., auspiciadora de mis producciones  
pedagógicas, dedica este libro, como testimonio de  
gratitud y consideración elevada*

*El Autor.*



BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



BIBLI  
DE

AL  
OS

---

## MI HOGAR

### PROEMIO

*Cuando este libro vaya a manos del niño, ya conocerá el mecanismo corriente de la logografía, vale decir, que se hallará en aptitud de descifrar lo escrito en él y hallar el sentido de los conceptos que contiene (lo que, en términos comunes, se llama **lectura corriente**), siempre que esos conceptos se hallen al alcance de su desarrollo instructivo intelectual y de su capacidad emocional.*

*El educador debe confiar, pienso, más en esta última, por cuanto las sensaciones tienen virtud propia para convertirse en ideas y será más fácil excitar el despertamiento de la inteligencia por medio de sugerencias sensibles que, producirle sensaciones y sentimientos, que son su cumbre, por medio de conocimientos.*

*Quiero decir con esto que me propongo, como consecuencia de esta manera de pensar, hacer un libro de lectura (o varios) que vayan del corazón a la cabeza del niño, hablando en términos usuales, provocando antes su sensibilidad que su cerebro, cultivando en ese orden, educación e instrucción simultáneamente.*

*Para ello es menester que las evocaciones de que se valga la obra, puedan tener acceso real o hipotético a la sensibilidad de un niño, sin lo cual se habrían frustrado ambos propósitos.*

*Nada, creo, al efecto, que pueda substituir a los temas que suministra,— durante el día, la semana, el mes, los años,— la familia, la escuela, los parientes, la sociabilidad que forma y rodea el hogar.*

*Presentar el hogar vivido, con todas sus alegrías y tristezas, sus sacrificios y heroísmos paternos y filiales, con todos los vínculos exteriores de afecto y solidaridad; cinematografiar y hacer hablar la casa, al niño en la cuna, al padre en el trabajo, a la madre en sus quehaceres domésticos, a los abuelos en sus bodas de oro, a la familia en la velada nocturna, en la mesa, en el paseo, en la visita, a los niños en su cruel separación para ir a la escuela, al antepasado bueno, virtuoso, sabio, justo, grande, cuyo retrato está en la sala, al mendigo socorrido en la puerta, una desgracia de familia, la riña, el perdón y olvido entre hermanitos, el niño enfermo y la aflicción de los padres, el bautismo de la pequeña, la plegaria junto al lecho, las leyendas del ángel guardián de los niños, la Nochebuena, el alboroto y bullicio de los chicos, las corridas del perrito, las soboneras del gatito con moño, la reprimenda del padre, los cuidados de la madre, los cuentos del abuelito; presentar, repito, el hogar en esa forma, es crear sensaciones, es decir, hacer sentimientos e ideas.*

*Y por sobre este desiderátum pedagógico, es pro-*

*pender a la unidad moral del hogar, a la creación y arraigo de un principio común de familia, o sea, establecer desde la cuna las relaciones de la hegemonía y solidaridad nacional, pues ella será tanto más grande e indisoluble, cuanto más se acerquen en su constitución los sentimientos patriarcales de cada hogar argentino.*

*Por otra parte, la moral no tendría arraigo en las costumbres de la vida, si no penetrase como una suave sugestión del medio ambiente social, desde la cuna, y si no contara con el hábito de la vida doméstica que le comunica caracteres casi religiosos y la cimienta por el hábito, en las conciencias, como idea innata.*

*Así el libro, siendo un reflejo de nuestras buenas costumbres, de nuestras virtudes, de nuestra cultura, influirá, no puede dudarse, en la educación moral, sobre todo, del niño argentino y robustecerá esa unidad tan querida del espíritu nacional, contra la que acechan mil tendencias heterogéneas de nuestra composición social y de nuestro mismo sistema político.*

*No sé si habré sabido realizar ese propósito con la pluma, pero cuando menos habré señalado un rumbo, una orientación en la composición de estos libros, animado de la mejor buena fe y patriotismo.*

A handwritten signature in dark ink, appearing to read "Ferrer", with a large, sweeping flourish underneath.





---

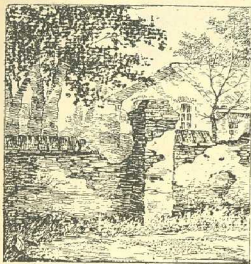
# I

## LA CASA SOLARIEGA

HABLA EL AUTOR

### EN RUINAS

En la extremidad Sur de la ciudad de Buenos Aires, en una de las callejuelas cortadas y estrechas, se veía, hasta hace pocos años,



un paredón derruido por la acción del tiempo y los asaltos de los muchachos callejeros, que a pesar de la persecución de los vigilantes, atacaban el muro y anidaban en aquella casa abandonada.

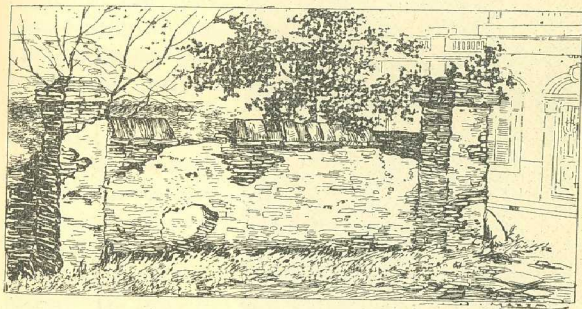
Detrás del murallón sobresalía, a medio verse, un edificio antiguo de techo de teja, a dos aguas, rodeado de algunos árboles frutales y sauces aniquila-

dos por las travesuras de los chicos pilluelos, únicos habitantes eventuales de aquella vieja tapera, edificada al estilo de las casas del tiempo del último de los virreyes.



## EL SITIO

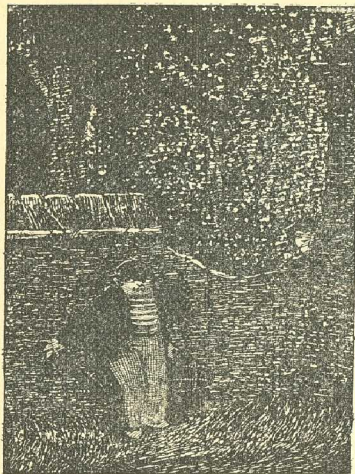
Era tan misterioso el abandono de aquella casa y el contraste que ofrecía con la edificación moderna de aquel barrio de la ciudad, con sus casas en línea y sus fachadas a cordel de las aceras, que se consideraba



peligroso pasar de noche por aquel lugar hueco y solitario, que de tiempo en tiempo hacía tapiar inútilmente la Municipalidad, porque los muchachos del contorno pronto volvían a abrir boquetes para *ganarse al sitio*, como decían, y jugar a su antojo.

## EL CUCO

La imaginación de algunos timoratos y gente crédula, había llegado a inventar duendes, fantasmas y



ánimas en pena, ruidos de cadenas, luces fugaces misteriosas que pasaban de noche, de uno a otro lado, errabundas entre los árboles y a través de las puertas y ventanas desvencijadas.

Aquella propiedad se había convertido en el *cuco* de grandes y chicos, al ponerse el sol. ¡Cualquiera pasaba de noche por allí!

Las casas laterales y las del frente, por lo

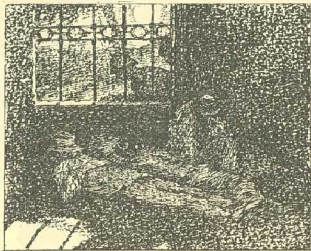


general, estaban desalquiladas, y si alguna persona de otro barrio las tomaba en arrendamiento, pronto era sugestionada por los vecinos y alzaba campamento.

## LA POLICÍA

Los mismos diarios dieron pábulo a aquellas candorosas supersticiones, refiriendo los cuentos que relataban algunos timoratos y eso dió margen a que la policía tomase cartas en el asunto y acabase de una vez con aquellas consejas.

Varios agentes del orden público fueron destacados en las casas vecinas y, rodeada la manzana, penetraron resueltamente en la tapera... Allí encontraron, acurrucados unos y dormidos otros, a una docena de vagabundos y gentes de mal vivir, rateros y holgazanes que habían tomado posesión del hueco aquel, e inventado rui-



dos y luces extrañas para que nadie fuese a molestarlos en sus correrías nocturnas.



Conducidos a la policía y averiguados sus malos antecedentes, fueron reclusos según



sus delitos y quedó desde entonces tranquilo el vecindario.



## EL MANUSCRITO

Un amigo del autor de este libro, muy dado a la curiosidad y aventurero en grado sumo, al conocer por los diarios la noticia referente a la vieja tapera solariega, provisto de una linterna y un pico, salvó de noche el paredón ta-

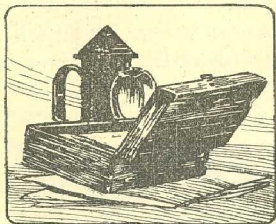
piado, presintiendo que aquellas ruinas guardaban quizás algún secreto de familia y durante varias noches consecutivas, registró el piso, las paredes y los techos.



Su presentimiento resultó confirmado en la última noche de pesquisas. En uno de los gruesos muros, tapiado con una losa de mármol, había un boquete como de cincuenta centímetros de ancho por treinta de profundidad, que descubrió la punta del

pico investigador, produciendo un sonido raro.

Levantada la piedra apareció una cajita de caoba, toda carcomida por la polilla, y



dentro de ella una buena cantidad de hojas de pergamino escritas a mano, por diferentes letras, letras de anciano, de hombre joven, de señora y de niño.

Aquellos manuscritos eran la expresión progresiva y aislada, de los pensamientos y sentimientos de cada uno de los miembros de una larga familia, que no hemos podido averiguar si habitó o no en esa mansión.

La generosidad de mi amigo, hizo pasar a mi propiedad esas páginas respetadas por la polilla y de ellas he extraído y compuesto este libro, procurando conservarles toda la verdad y colorido, aunque haya tenido que variarles la forma y ordenación, pues no tenían ninguna.

---

## II LAS BODAS DE ORO

HABLA VICENTE

### TODO ES POCO



Estábamos a 21 del mes de junio, día de San Luis Gonzaga, el día de las comuniones de blanco, el día de los niños, el primer día de invierno, y, sin embargo, el cielo se presentaba azul y blanco como nuestra bandera, la atmósfera despejada, el aire tibio, vamos, que no parecía un día de invierno: era un día espléndido.

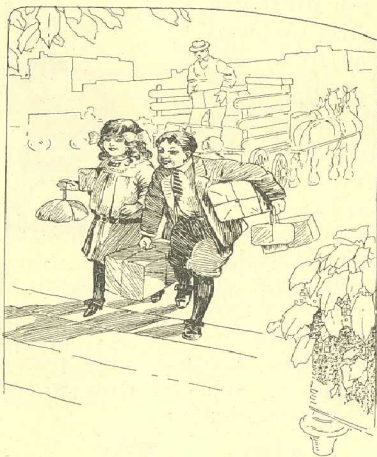


Papá, mamá, todos mis hermanos y yo, estábamos en movimiento desde la salida del sol, y no hacíamos sino continuar el trabajo del día anterior, trabajo que había durado hasta las diez de la noche. En la tarde del día 20, a las cuatro, había llegado a casa un carro lleno de mercaderías, que papá había comprado.



## LA DESCARGA

Empezamos a descargar los paquetes, llenos de curiosidad mis hermanos y yo, porque ignorábamos su contenido, y uno en



pos de otro íbamos y veníamos, como las hormigas, acarreando los bultos al comedor, donde mis padres los hacían colocar en or-

den alrededor de la pieza, en los sitios libres de muebles.

\* \* \*

El último acarreo me correspondió a mí y pude ver que mi hermano mayor daba al carretero un recibo firmado por mi padre y le alargaba un peso como gratificación, por la rapidez y esmero con que había descargado los paquetes.



\* \* \*

Saludó el buen hombre, se alejó al trotecito de sus caballos y nosotros entramos presurosos, aguijoneados por el deseo de descubrir el secreto que guardaba el embalaje de los bultos.



## NUESTRA FAMILIA



El comedor de casa, era muy grande, porque éramos muchos de familia: mis dos abuelitos, mis dos abuelitas, papá, mamá, diez hermanos, dos mujeres y ocho varones. Andrés era el mayor de todos mis hermanos, y yo era el último de los siete varones seguidos, y por eso soy ahijado del Presidente de la República Argentina, quien dispuso esa distinción a mi familia, porque le daba siete soldados más para engrosar las filas del glorioso ejército



nacional, y uno más con mi hermano mayor.

Además, vivían en casa: mi tía Irene, hermana de mamá, y un tío, Antonio, hermano de papá, a quienes todos cuidábamos con cariño y respetábamos mucho.

Últimamente se habían agregado también a nuestro hogar, dos primos huérfanos, Juanito e Inés, a quienes mirábamos como a hermanos. Mi primo es hijo de un hermano de papá y mi prima de una hermana de mamá.





## EN EL COMEDOR



Bueno, pero me he alejado del comedor, vuelvo a él. Allí estábamos como los avestruces cuando encuentran un objeto raro en el campo: todos alrededor de la mesa con los cuellos estirados hacia adelante, los ojos fijos en el primer paquete que había puesto papá sobre la mesa.

Mi hermano Raúl, me empujaba de un lado para abrirse más sitio; mi hermano Juan Carlos me daba un codazo del otro para acercarse más y ver mejor, y ese movimiento se propagaba de unos a otros, aci-

cateados por la curiosidad, hasta que se sintió la voz de mi padre que decía: Estaos quietos, de lo contrario, no sabréis lo que contienen los paquetes hasta mañana.

¡Santa palabra! Todos quedamos como estatuas. Hasta la mesa y el candelabro, que habían empezado a bailar, entraron de nuevo en reposo.



## ¿QUÉ HAY ADENTRO?

Algo sospechábamos de lo que los bultos contenían; unos se denunciaban por su forma; otros por el peso, y algunos por el agradable olor que despedían.

El que papá había puesto sobre la mesa era indudablemente un pan dulce enorme, que pesaría por lo menos diez kilogramos, de esos panes con que se celebra la Nochebuena, el día de Navidad, el Año Nuevo, el día de los Reyes Magos, panes amasados con huevo, piñones, pasas de uva, frutas secas y esencias exquisitas, tal como merece la celebración del nacimiento del Niño Jesús, del Salvador de la humanidad, del Dios de los cristianos.



Papá, cortó con un cortaplumas la faja

bicolor argentina con que venía atado el envoltorio, separó prolijamente el papel de embalaje y un grito general de sorpresa y alegría se escapó de nuestros labios: ¡Qué pan hermoso!



## AL ASALTO

¡Córtalo ahora, papá, qué rico, si, aunque sea para probar! No seas malo. ¡Una migaja siquiera, danos un pedacito, una tajadita, esos cachitos de las esquinas, papacito bueno, córtalo, córtalo, córtalo!... fueron las palabras que, en torbellino, recibieron la aparición del pan. Recuerdo que yo les hice reír mucho, diciendo: Dame un pedacito siquiera, para mi padrino el Presidente.





## MI HERMANA MAYOR

Nada, — dijo mi padre, — esto no se toca hasta mañana, cuando den orden vuestros abuelos, ya llegará el momento; María Inés, — agregó, — ve a guardar el pan en el apa-



rador. María Inés es mi hermana mayor. ¡Qué buena es! ¡Cuánto me ha querido siempre! ¡Ha sido mi segunda madre! Al llevarse el pan, sacó dos pasas de uva que sobresalian de la masa y me las dió diciéndome: — Toma, golosillo, si quieres le puedes regalar una

a tu padrino. Yo me comí las dos y dije para mis adentros: a mi padrino le sobran estas cosas.

## PARTE DEL SECRETO

Y vengan los otros bultos sobre la mesa; mi hermano mayor, Andrés, era el encar-

gado de alcanzar-  
los, mamá y María

Inés, los iban guar-

dando en  
supuesto;

todos los

demás hi-

cimos co-

ro de gritos, exclama-

ciones y sorpresas, mien-

tras iban desfilando cu-

biertos nuevos, manteles

celestes y blancos, servilletas

del mismo color, cajas de bom-

bones, fuentes de masas, fiam-

bres, bombas coloreadas, fari-

litos chinescos, banderitas de

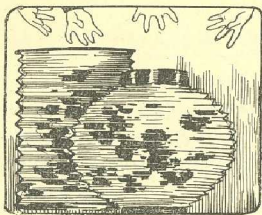
todas las naciones y, por úl-

timo, una gran torta de almen-

dra, con cuatro banderas argentinas, de  
seda, en pabellón en el centro.



Ya no quedaba nada por desenvolver en



los rincones del comedor, y varias veces preguntaron a un tiempo: ¿y los platos, las fuentes, las tazas?...

Un momento más, — dijo mi padre; — vengan todos al fondo del jardín conmigo y van

a ser contestadas vuestras preguntas.



## HABLA MI ABUELITO



Nos precipitamos, en pelotón, en pos de mi padre, y franqueando la puerta trasera del comedor le seguimos hasta un rincón del jardín donde estaban ya mis cuatro abuelos, mi madre, María Inés, Andrés y mis tíos.

Mi abuelo paterno, el mayor de mis dos abuelitos, un venerable viejecito de barba y melena blancas, la melena de un león, como la de nuestro ilustre poeta Carlos Guido y Spano, aunque algo encorvado por los años, de aspecto enérgico y noble sem-

blante, se dirige a nosotros y nos dice:

—“ Hace cuatro meses que mi pensamiento no se ha separado de la llegada del día en que estamos, desde que cayó para siempre el tirano don Juan Manuel de Rozas, que ha pisoteado y ensangrentado nuestra patria, durante veinte años, enlutando los hogares argentinos con sus crueles crímenes, y avergonzando a la nación con su tiranía.

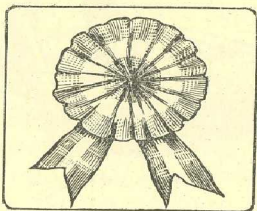
” Durante esa larga noche de ignominia, de dolor y de vergüenza, llegó hasta prohibirnos el tirano que conserváramos objetos celestes en nuestra casa, porque su divisa y la de sus criminales agentes era la divisa roja sangrienta.

” Pues bien, hijos míos, vuestros abuelos han sabido conservar en este aljibe seco, cubierto y disimulado por los *yuyos*, un juego de loza celeste y blanco, como nuestro pabellón, con que celebrábamos los aniversarios de la patria en los tiempos de la libertad que nos dieron San Martín, Belgrano, Moreno y tantos otros ilustres padres de la Nación Argentina.

” Hace cuatro meses que fué derrotado el tirano, en la batalla de Caseros, el día 3 de febrero de este año 1852, y si antes no



hemos sacado la vajilla de su escondite, fué porque quisimos hacer la celebración de dos grandes acontecimientos a un mismo tiempo: la caída de la tiranía y nuestras bodas de oro, o sea el día de hoy, en que cumplen cincuenta años de casados, por una casualidad providencial, vuestros cuatro abuelos. Haremos hoy la gran fiesta del hogar y de la patria.”

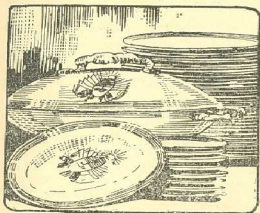


## LA GRAN SORPRESA



Andrés, — agregó — levanta esa piedra del aljibe, con la piqueta, baja por la escala que hay en él y alcanza con cuidado la vajilla.

Abrióse, el aljibe, y apareció a nuestra vista un juego completo de loza celeste y



blanca, con el escudo argentino pintado en el centro de cada pieza.

¡ Viva la Patria! ¡ Viva la Libertad! ¡ Vivan nuestros abuelos! fueron las exclamaciones que en coro saluda-

ron al precioso secreto del aljibe.

Mis abuelitas, mi madre, mis hermanas, mi tía, la criada, sollozaban de emoción, y a pesar del esfuerzo que hacían todos los varones por contener las lágrimas, todos tenían humedecidos los ojos, y en las barbas y bigotes blancos de mis abuelos brillaban muchas gotitas cristalinas, que se habían deslizado furtivamente de los suyos. Yo me quise hacer el guapo, pero lloré como cualquiera de mis hermanitas, de alegría, de satisfacción, de entusiasmo.



## EMPIEZA LA FIESTA

Desde ese momento la casa tomó un aspecto inusitado. Unos, a poner la mesa; otros, a



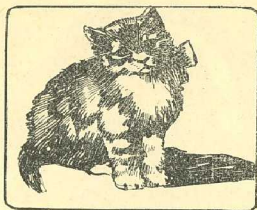
componer ramos de flores; mi madre, mis

hermanas, ayudadas por la vieja criada negra que nos había visto nacer y crecer a todos, una

liberta del tiempo de la Revolución de Mayo, se ocupaban en sacudir todo con el plumero, en barrer con las escobas toda la casa, mis hermanos en poner velitas a los faroles chinoscos, en colgarlos en los aleros de la casa, en el techo, en los árboles, para la fiesta nocturna, y yo en perseguir al ga-

tito que, a cada rato, se metía en el comedor, atraído por el olor de las provisiones destinadas a la fiesta.

Petrona -(que así se llamaba la criada libre), me riñó porque le había pegado al gatito y yo, para dejarla contenta, le puse un moño rojo al animalito y le di unas migas de pan dulce que habían quedado sobre la mesa.





## A COMPONERSE

Como iban a venir muchas visitas a saludar a los abuelos, todos estaban muy empeñados en hacerse cuidadosamente el to-



cado; mis hermanas se soltaban los rulos hechos con papelitos la noche anterior, se ponían sus mejores vestiditos y cintas, flores en la cabeza y en el pecho. ¡Qué sen-

cillas, qué elegantes, qué lindas estaban a la hora del almuerzo!, hacían juego con las flores de la mesa.

Mis hermanos, muy aseados, bien peinados; mamá, a pesar de sus años, parecía una rosa acabada de arrancar de la planta, y hasta *mamá Petrona*, como decíamos cariñosamente a la criada negra, se había puesto un moño celeste en el pelo en lugar del rojo que le obligaba a llevar el tirano Rozas.



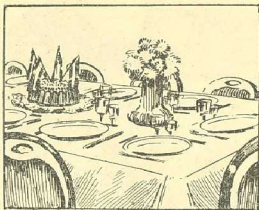
## A LA MESA

¡Tilín! ¡Tilín! ¡Tilín! El timbre del comedor nos llamaba; como bandada de pájaros, entramos por todos los lados; mis paternos abuelos ocuparon una cabecera de la mesa; mis abuelos maternos la otra; papá,



mamá, nosotros, en sus puestos de costumbre; Petrona, con un gran delantal blanco de encajes, hecho por mis hermanas y su moño celeste, presentó una gran sopera humeante que despedía apetitoso perfume, y en el cen-

tro de la mesa las cuatro banderas argentinas, que representaban la nacionalidad de mis cuatro abuelos, se agitaron sobre el inmenso pastel, como si saludaran alborozadas aquel día de patria libre y hogar feliz.



## LA CORONACIÓN

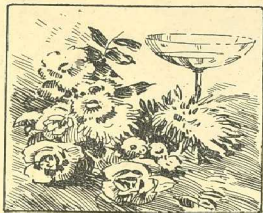
A porfía nos levantamos uno por uno a la hora de los postres a cubrir de flores y caricias a nuestros abuelos. Abuelito mayor, me sentó en sus faldas y me besó tierna-



mente; de allí pasé a las faldas del otro abuelito y de mis abuelitas, porque era el más pequeño, el Benjamín de la familia, y fui siempre el niño mimado de todos, por-

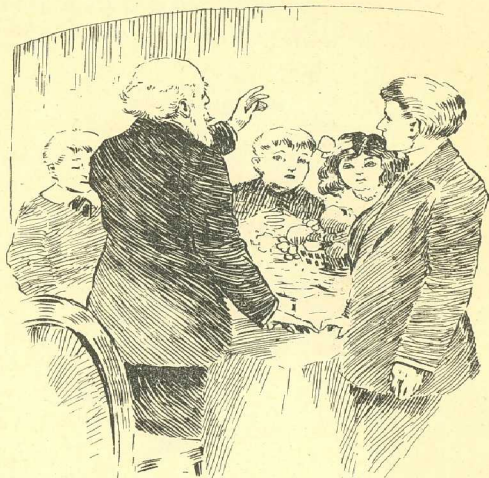


que nunca dejé de ser buenito con todos, nunca tuve caprichos, ni alboroté la casa, sino cuando jugaba con el gatito de moño rojo o le hacía alguna broma a *mamá Petrona*, que siempre me andaba buscando para que jugase con ella.



## LA PLEGARIA DEL ABUELO

De pronto, se levantó mi abuelito mayor, alzó al cielo sus limpios ojos, su blanca



frente, sus brazos temblorosos. ¡Qué hermoso estaba! parecía un sacerdote venerable, bendiciendo al pueblo desde el altar

mayor de la Catedral. Todos nos pusimos de pie con respeto religioso, y dijo mi abuelo:

—“ Yo he presenciado, cuando era joven, una escena campestre que describe nuestro gran patricio don Domingo Faustino Sarmiento, digna de los tiempos primitivos del Mundo, que renuevo ahora siendo anciano. Era aquel un cuadro homérico: el sol llegaba al ocaso; las majadas, que volvían al redil, hendían el aire con sus confusos balidos; el dueño de la casa, hombre de sesenta años, de una fisonomía noble, en que la raza europea pura se ostentaba por la blancura del cutis, los ojos azulados, la frente espaciosa y despejada, hacía coro, a que contestaban una docena de mujeres y algunos mocetones, cuyos caballos, no bien domados aún, estaban amarrados cerca de la puerta de la capilla. Concluído el rosario, hizo un fervoroso ofrecimiento. Jamás he oído voz más llena de unción, fervor más puro, fe más firme, ni oración más bella, más adecuada a las circunstancias que la que recitó. Pedía en ella a Dios, lluvias para los campos, fecundidad para los ganados, paz para la República, seguridad para los caminantes... y ahora, yo agregó, hijos míos:

“caigan todas las bendiciones del cielo sobre este hogar, y perdure, para unión de la familia, el recuerdo de este día en vuestros corazones.”

” Ahora id a cantar el himno de la vida, dispersaos como los pajaritos en el jardín, seguid juntando flores para coronar la frente de vuestros padres, que quien sabe honrarlos y amarlos será amado también por sus hijos y vivirá feliz largos años sobre la Tierra.



## LA PAJARERA



Desfilamos besando a nuestros abuelos en la frente augusta y nos perdimos entre las plantas del jardín, más alegres, más bulliciosos que la orquesta de arpas, violines y flautas que en ese momento salvaba el dintel de nuestra casa y entraba triunfal-



mente a saludar las bodas de oro de nuestros abuelos.

La tarde y la noche de aquel día de ventura contemplaron nuestro hogar convertido en una inmensa pajarera, concurrida por numerosos parientes y amigos que habían acudido de todas partes a celebrar aquel gran acontecimiento de familia.





## VENGA EL CHOCOLATE

Al oscurecer, toda la casa y los árboles quedaron iluminados por los farolillos chinos, y el amplio comedor, la salita, los



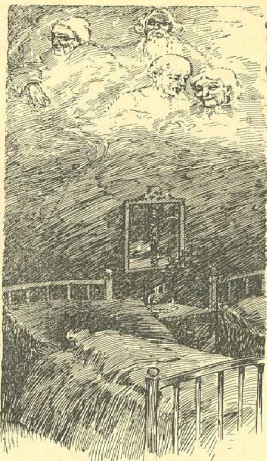
corredores, convertidos improvisadamente en salón de baile, se vieron llenos de parejas de chicos y de grandes que alternábamos en aquel cuadro de alegría general.

La consabida tacita de chocolate con bizcochuelos, puso fin a aquella fiesta a una hora prudente.



## EL SUEÑO DEL HOGAR

En menos de media hora la casa quedó en completo silencio; mis abuelitos soñaron que Vicente les besaba en la frente, y yo (Vicente), soñé que cuatro ancianos, bajando de las nubes, entre tulles blancos, me iban a sonreír toda la vida y a defenderme de todos los peligros: era la imagen querida de mis abuelitos que se me presentaba en sueños.



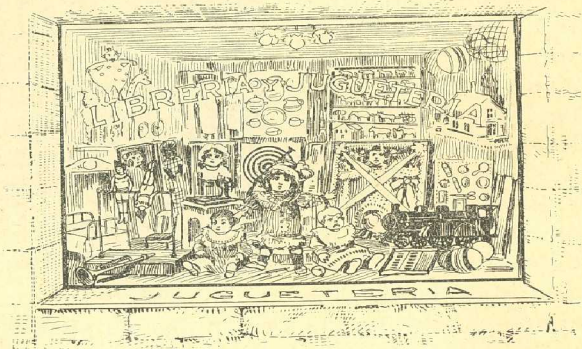
*Vicente.*

### III

## EL BAUTISMO DE MI MUÑECA

HABLA MARÍA LUISA

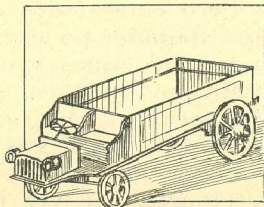
### LA VIDRIERA ENCANTADA



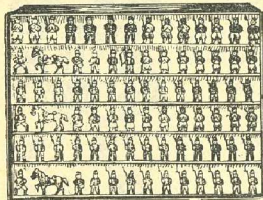
A pocos pasos de nuestra casa hubo, durante muchos años, una tienda de juguetería, librería, etc., cuya vidriera, profusamente iluminada, era para nosotros algo

así como un palacio encantado, detrás de cuyos cristales yacían encerrados, en ordenada y hasta artística disposición un sinnúmero de juguetes, que constituían la suprema desesperación de todas las chicas y chicos del barrio.

Cocinas minúsculas, costureros, maquinitas de coser, juegos de paciencia, juegos de tepequeñísimos, mueblecitos, coches, caballos, soldaditos de plomo,



volantes, pelotas, tambores, cornetas, corazas fulgurantes, espadas, cañoncitos liliputienses, payasos de resorte, cajas de pinturas, muñecas blancas, rubias, morenas, negras, en fin, un arsenal de objetos tentadores



para nuestro espíritu infantil.

Tal era el tesoro encerrado en la vidriera encantada.



## LA MUÑECA

Pero entre todos esos objetos, uno era el que llamaba poderosamente la atención de todas las niñas y atraía nuestras miradas.

Era una muñeca. Soberbia muñeca de medio metro de altura. Rubia, su peluca color oro caía sobre sus hombros, vestidos con un suave terciopelo, tal vez menos terso que su rostro angelical y puro. Sus ojos eran celestes. De un azul pálido, cristalino, atrayente. Los párpados, terminados en largas y sedosas pestañas, se abrían y cerraban por un mecanismo oculto en la caja del cuerpo. Sus manos, pequeñas y sonrosadas. Sus labios, rojos como una granada en sazón, adornados en los extremos con dos oyuelos preciosos, que daban al conjunto de su boca una rara sensación de alegría, de sonrisa, de virtud angelical, de bondad





soberana para todas nosotras, las chiquillas del barrio, que soñábamos con ella como si fuera al mismo tiempo nuestra hermana, nuestra hija y nuestro ángel bueno.

¡Oh! ¡lo que puede el deseo! Extáticas pasábamos los minutos y las horas delante de la vidriera encantada, admirando la escultural muñeca que todas deseábamos, y por estrecharla en nuestros brazos, arrullarla con nuestros mimos, cansarla con nuestras caricias, hacerla dormir en nuestras faldas, como hicieran otrora con nosotras nuestros santos padres y patriarcales abuelitos, por conversar con ella, y, en fin, por hacer de ella nuestra hija, ¿qué no hubiéramos hecho?

Y todas anhelábamos que llegara pronto nuestro santo, porque suponíamos que nuestros papacitos queridos satisfacerían nuestros locos deseos regalándonos la valiosa muñeca que adorábamos.



## EL CUMPLEAÑOS



Llegó por fin el día feliz. La noche anterior, mil indirectas, mil conciliábulos a mi alrededor. Todo era misterio. Sonó el llamador, quise ir a ver quien era, pero papá—mi buen papá a quien adoro—me mandó a la cocina para darle no sé qué recado a

*mamá Petrona*. Lo que en realidad no era más que una travesura para que yo no me enterara de quien era el que golpeaba.

A la hora de costumbre llegó la orden más enojosa del día, la que siempre era recibida con un gesto de disgusto: ¡A la cama! ¡A dormir!

Y así, como siempre, la víspera del gran día de mi cumpleaños—tal vez el más celebrado, puesto que yo era la hermana menor—transcurrió como un simple día vulgar, aunque mi corazón me decía que en esos momentos se realizaba quizás la más grande aspiración de mis deseos.

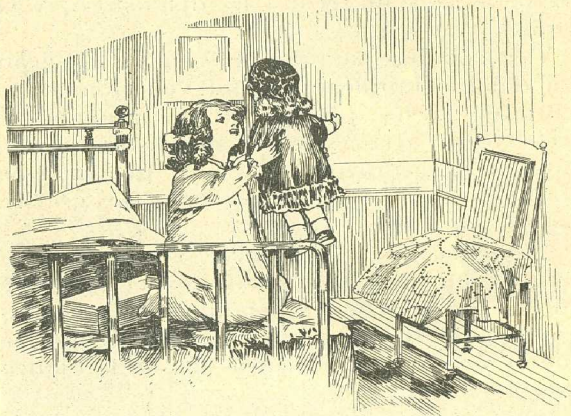
A media noche—¡quién sabe qué hora sería!—un leve ruido me despertó. Quise mirar, cerciorarme (yo siempre fui una personita valiente), pero el sueño me venció de nuevo y caí dormida otra vez en la blanca almohada.

Llegó por fin el despertar. Las siete de la mañana. El sol entraba por la banderola de mi puerta y prestaba al ambiente infantil de mi habitación un hálito de alegría, de ansias de vivir. Sentí voces en el patio, y empecé a desperezarme lentamente.

¡Había de llegar por fin la gran sorpresa!



En un movimiento de mis brazos tropecé con un objeto que me apresuré a mirar y... ¡Oh! ¡la satisfacción de los sueños realizados! ¡Mi muñeca! ¡Qué alegría! ¡Gracias, papá! ¡Gracias, mamá! ¡Qué lindo pelo tiene!



¡Cómo la voy a querer!... ¡No sé cuántas frases entrecortadas de agradecimiento, de admiración, de todos los sentimientos diversos que poseía en ese momento mi almita de niña, pronunciaron mis labios, trémulos de tanta dicha!

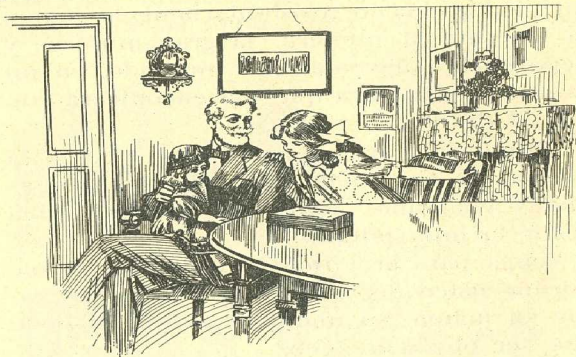
Ahora me daba cuenta de todo. El que había golpeado anoche y no pude ver quien era, me traía indudablemente la muñeca. El ruido de la madrugada era, sin duda, el que había hecho involuntariamente mamá al traerme la muñeca, la gran muñeca, y depositarla suavemente a mi lado, en mi misma camita, para que me encontrara con ella al despertar.

¡Cómo la miraban mis ojos! ¡Cómo la quería! Y tenía medias, y zapatos, y unas lindas enagüitas. ¡Oh, que bien se sabía vestir la muy pillita!

Venga para acá. Dele un beso a su mamá. Porque usted debe saber que desde hoy, yo soy su mamá, su mamita querida. Y tiene que ser obediente, ¡eh!...



## LOS BESOS SANTOS



Pero en medio de tanta alegría, no pude olvidarme que esa satisfacción la debía a mis buenos padres y a mis buenos abuelitos. Ea, pues, nada de timideces. Me levanté corriendo, creo que hasta me puse las medias del revés, y fui a encontrar a todos los míos para ofrecerles de mis labios, en un gran beso santo, el agradecimiento que me embargaba el alma y que por una rara intuición, comprendía que



no sólo era el agradecimiento por una muñeca regalada, sino algo más grande: el de sus cuidados nunca interrumpidos, el de la vida que me procuraban, buena y agradable, el agradecimiento que les debía a ellos por ser su hija, y a Dios por ser ellos mis padres.

¿Quién es capaz de adivinar los besos que deposité en los bigotes ya grises de mi padre, en la cara suave de mi mamá adorada, en el cabello blanco como la nieve de mis dos abuelitos y en la frente arrugada de mis dos abuelitas? ¿Y los que les dí a todos mis hermanos, a mi hermana mayor, a *mamá Petrona* y a mis primos?

Si hasta el gato, el célebre gato mimón y pícaro sufrió esta racha de cariños que nunca acababan de expresarse. A besos le deshice el moño rojo y, por último, fugó a refugiarse en un rincón, sorprendido de tanto mimo.

Es imposible manifestar todo lo que hice con la dichosa muñeca... las veces que la vestí y la desnudé, todo lo que conversé con ella, las veces que la hice dormir, y los regaños que se llevó porque de repente abría los ojos.

Pero llegada la hora del almuerzo, durante

el cual nadie fué capaz de separarme de ella, pues yo no transigía con dejarla abandonada, hubo un pequeño contratiempo: la señora muñeca no quería sopa. ¿Habrás visto un capricho igual? ¡No querer sopa!!! (Bueno, tal vez sería porque nunca la habría probado.)

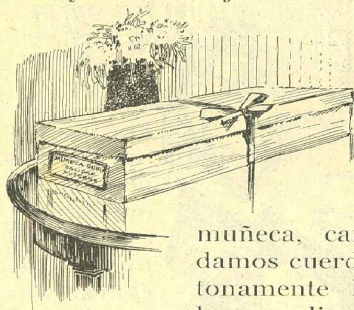
Aquella era una muñeca con cuerda, que se daba con una llave grande, como la de un reloj de pared, de manera que cuando se perdía la llave, mamá empleaba la del reloj que teníamos en el comedor.



## EMPIEZA LA HISTORIA

Mi muñeca tiene una historia más larga que yo misma.

Vino a casa acostada en una caja de madera y en esa caja ha vivido cerca de veinte



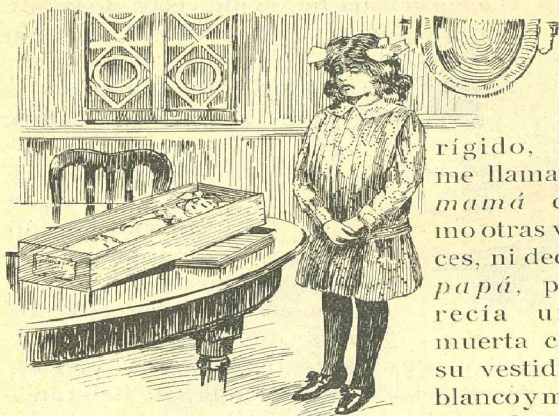
años, saliendo de vez en cuando, siempre nuevita, siempre sonriente, siempre enrulada y limpia, sigue todavía siendo

muñeca, camina cuando le damos cuerda, mueve coquetonamente la cabeza y los brazos, dice *papá* y *mamá*, entorna y abre sus grandes ojos celestes, que hacen pensar en la bandera de Belgrano.

¡Cuántas lágrimas he derramado por ella y cuántas alegrías me ha dado!

## MUERTA

Un día fuimos a sacarla de la caja y estaba con los párpados cerrados, el cuerpo



rígido, no me llamaba *mamá* como otras veces, ni decía *papá*, parecía una muerta con su vestidito blanco y moños celestes,

los colores más queridos de mi tierra.

Yo lloraba a gritos, alzaba mis bracitos al cielo y pedía desesperada que fueran a buscar el médico, le ponía agua de Colonia



en la frente, me abrazaba como loca de su cuerpecito estirado y frío.

Papá me apartó bondadosamente de la caja, examinó la cuerda y vió que una mano sin experiencia había estado forzándola con la llave.

Consuélate, hija mía, — me dijo, — tu muñeca no ha muerto, pero ha estado en un tris de no hablar ni caminar más, debido a tu desobediencia, picaruela.



## RESUCITADA



Yo seguí gimoteando, pero de alegría, me eché al cuello de mi padre y confesé mi falta, suplicándole devolviese la vida a mi muñeca.

Papá levantó un resorte, apretó otro, y mi queridita recobró poco a poco los sentidos, el habla y el movimiento.



¡Qué alegría, cuando la vi de nuevo caminar, como una niña educada, sobre la mesa del comedor! Casi estuve por desear que se muriese otra vez para verla resucitar de nuevo.

Aquella dura lección me impresionó para toda la vida, no sólo no volví, ni de mocita, a tocar la muñeca sin permiso, sino que toda vez que se me ocurría hacer algo en contra de lo que mis padres mandaban, temblaba y me parecía que mi muñeca iba a sufrir alguna desgracia.



## NIÑA HACENDOSA



Desde aquel día la quise tanto, pensaba tanto en ella, que mis padres no tenían más que invocar su nombre para que yo estudiase, escribiese, dibujase, cantase, fuese al colegio, lavase, planchase, cosiese o bordase. El nombre de mi muñeca era para mí una orden y así me fui acostumbrando a realizar con gusto todos los quehaceres domésticos y todos los deberes escolares.

Todavía no he dicho el nombre de mi muñeca, ni cómo fué que nunca dejó de llamarse *muñeca* a secas.

## MI HERMANITO

Tenía yo entonces un hermanito de diez meses, rubio, y de ojos celestes, como mi muñeca. Empezaba ya a dejar el andador y



a caminar solito, decía *mamá*, *papá*, *nena* y algunas otras palabras medio estropeadas, tomaba con sus manitas los objetos que estaban a su alcance y hacía muchas cosas que mi pobre muñeca no había aprendido, aunque yo me pasaba las horas en-

terás enseñándola. Me sentaba a su lado con mis libros, cuadernos y dibujos, y le repetía todo lo que mi maestra me decía en el colegio.



## ELLA

Cuando lavaba los pañuelos de mi papá, trabajito que yo no dejaba hacer a nadie, la sentaba en una sillita de paja, frente de mí, y le explicaba todo lo que yo iba haciendo.

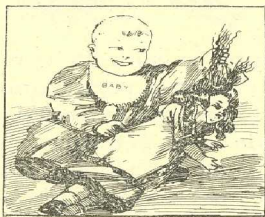


Ella siempre se sonreía con su carita angelical e inteligente, pero aunque llegaba a regañarla y amenazarla con dejarla sin postre, sin salida a la ventana y hasta la ponía en penitencia en un rincón, nunca aprendía más de lo que supo desde el primer día que me la dieron.



## ¡CÓMO APRENDE!

En cambio, mi hermanito hacia progresos sorprendentes en su media lengua; se iba al patio cuando nos descuidábamos, tocaba todas las cosas, comía su sopita con cuchara sirviéndose de sus manitas, y hasta me hizo llorar desesperadamente un día porque me levantó la muñeca de los cabellos.





## MOCOSITO



¡Malo! ¡Malo! — le dije, — y estuve tentada de hacer otro tanto con él; pero lo quería mucho, mucho más que a mi muñeca y me limité a llorar largo rato, a acariciar a la pobrecita ofendida y hacer que mi hermanito le diera un beso en desagravio.

Recuerdo que la única pena que puse a mi hermanito fué decirle: Debes respetar mucho a esta niña, porque ella no usa babero, es más limpita que tú, ¿has oído, mocosito?

## UN BAUTIZO

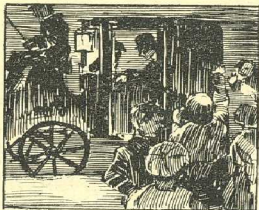


Pues bien, esa comparación diaria que yo hacía entre el adelanto de mi hermanito y el atraso de mi muñeca, me tenía muy preocupada, había agotado todos los medios de enseñanza y me sentía desesperada.

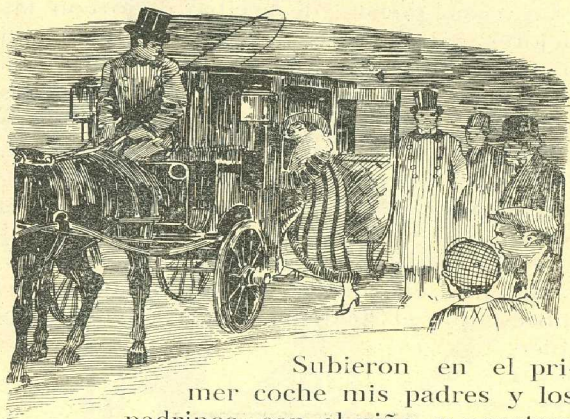
Pocos meses antes, cuando mi hermanito aun no caminaba, se había celebrado en casa una gran fiesta que dejó en todos los corazones una inmensa alegría.

La casa, puesta de arriba abajo con las mejores galas, todos nosotros vestidos con lo mejorcito que teníamos, los coches, con los faroles encendidos, en la puerta de calle, todos los vecinos asomados a sus puertas y ventanas, los chicos del barrio amontonados en la acera armando una gritería ensordecedora: ¡padrino! ¡padrino! ¡padrino pelado! ¡tire, padrino!...

Se trataba del bautismo de mi hermanito, y aquellos chiquillos habían olfateado los cobres que el padrino iba a repartirles a voleo.



## A LA IGLESIA



Subieron en el primer coche mis padres y los padrinos, con el niño, y nosotros con nuestros tíos y abuelitos en los coches siguientes. En los últimos tomaron asiento varios parientes y amigos de nuestra casa.

Los chiquillos comenzaron de nuevo a dar gritos desahorados y yo, muerta de miedo, apreté a mi muñeca contra mi pecho, defendiéndola de un peligro que no existía.





## EN EL BAPTISTERIO

Cruzamos varias calles y llegamos a la iglesia, donde un sacerdote explicó el significado de aquel acto solemne y bautizó a mi hermanito, declarándolo incorporado a la religión cristiana.

Terminada la ceremonia religiosa regresamos a casa en los mismos coches, y se festejó con gran alegría aquel acontecimiento doméstico.



## MEDITANDO

Pasaron, como he dicho, algunos meses, y en mis cavilaciones sobre la torpeza de mi muñeca, pensé muchas veces que la pobrecita necesitaba tal vez ser bautizada para que se le despertase la inteligencia, pero no me animaba a proponerle a mis padres porque ya comprendía yo que había mucha diferencia entre una muñeca y un ser humano y tenía recelo de que se burlasen de mi ocurrencia.

Pero había sido tan encantadora la fiesta del bautismo de mi hermanito, había dejado tan hermosos recuerdos en mi cora-



zón, que empecé a decidirme a bautizarla a mi modo, repitiendo con ella todo lo que había visto.

De todas maneras,—decía yo,—daño no le va a hacer esto a la muñeca; en todo caso será para ella un día de fiesta y alegría y para mí también.

¡Tonta de mí!, —agregaba,—¿por qué no habré aprovechado la oportunidad de acercarme al baptisterio a mi muñeca, cuando bautizaban a mi hermanito?

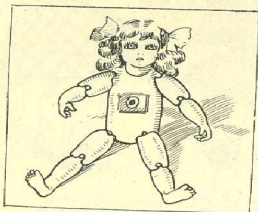




### MANOS A LA OBRA

Pues, pensado y resuelto. Desde ese día me consagré a preparar el ajuar para ella: puse toda mi sabiduría en la camisita, los calzones, las enagüitas, el vestido, la gorrita, los calcetines, los zapatitos, hasta llegué a olvidarme que la ofendía haciéndole un babero. Encajes, puntillas, flecos, cintas, todos los retazos de la casa cayeron en el cestito de mimbre que tenía mi muñeca al lado de su camita. Me faltaba para la camita solamente el mosquitero. Mamá me dió un

pedazo de tul que le había servido el día de su casamiento, para su ajuar de novia, y con él me arreglé como pude para librar de los insectos molestos a mi muñeca.





## EL COMLOT

Comuniqué con mucho sigilo mi proyecto a mi hermana mayor, María Inés, a mis hermanitos y a mis primos.

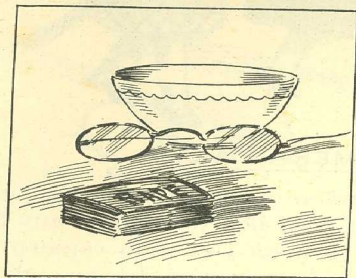
Mi primito Juanito, se ofreció para hacer de abuelito, y mi prima Inés como madrina.

Yo era la mamá y mi hermano José María haría de papá. Mi hermana mayor consintió en ser la abuelita, pero padrino no



pude encontrar para mi muñeca, entre todos mis hermanos por miedo a la gritería de los cobres, al *padrino pelado*. Ni Vicente, ni Jorge, ni Octavio, ni Raúl, ni Juan Carlos, ninguno, ninguno. Unos eran muy chicos, otros muy burlones.

Pero yo tenía la idea de conseguir uno en el momento de la fiesta, sería el padre de papá, mi abuelito de verdad, que me quería con locura y que seguramente me prestaría este importante servicio.





## LA PRIMERA PARTE

Nos endomingamos todos con cintas y pedazos de tela, nos peinamos muy bien, vestimos a la nena con todo esmero y la madrina la alzó en sus brazos, abriendo la marcha al lado del abuelito hacia la puerta del comedor que supusimos ser la puerta de calle. Allí estaban amontonados mis her-

manitos y al hacer nosotras el ademán de poner el pie en el estribo de los coches, rompieron a gritar : ¡padrino pelado! ¡padrino pelado!

Al sentir semejante alboroto acudieron mis padres, mis tíos y mis abuelos a informarse de lo que pasaba.

Yo me eché al cuello de mi abuelito, le expliqué mi proyecto y consintió en ser padrino de mi muñeca también. ¡Qué alegría! ¡y qué decepción al mismo tiempo!



## ALTO EL FUEGO

Mi abuelo, viendo que uno de mis hermanos había empezado a disfrazarse de sacerdote y otro se preparaba con una copa de agua a proceder a un bautismo de verdad, se adelanta, y nos dice: Aquí debe terminar esta fiesta de niños; tomad de nuevo los carruajes y volved a casa. Dad por concluída la ceremonia, y pensad que el respetable sacramento del bautismo sólo lo deben imponer los ministros del culto, y que las muñecas no tienen alma.



## RESIGNACIÓN

La palabra de mi abuelo era sagrada para nosotros y aunque yo no entendi entonces muy bien lo que había dicho, entristecida, pero sumisa y resignada por aquel contratiempo, que echaba abajo mis planes de educación de mi muñeca, le di un besito y la guardé en su sitio de costumbre.

Mis hermanos y primos se desbandaron por el jardín, y sólo mi hermana María Inés y mi abuelita vinieron a consolar mi pena.

¡Pobrecita!, — decía yo, — ¡Pobre criatura!  
¡Muñequita mía, nunca podrás ser cristiana! ¡Ya no podrás ponerte a la par con mi hermanito! ¡Ni ir al colegio con nosotras!





## EL MILAGRO

Mi abuelo me reservaba una sorpresa inmensa para consolarme.

Tomó la muñeca en sus manos, y con mucho disimulo oprimió un botón que estaba oculto en la cabellera de aquella infiel, púsola de pie, e inmediatamente aquella criaturita que yo creía tan atrasada, levantó una mano al cielo y empezó a cantar con voz dulcísima el himno nacional argentino.

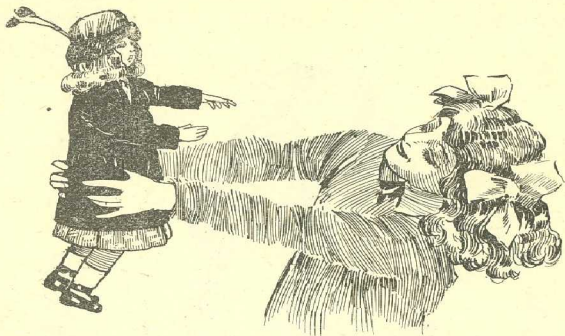
Al terminar el himno, que todos escuchamos de pie, con silencio religioso, volvió a hablar mi muñeca, así: “ Mi querida mamita Maria Luisa: He sido testigo de todas tus penas y alegrías, de todos tus cariños y desvelos hacia mi personita de



cartón y hoy tienes la recompensa de tus buenos sentimientos: cantaré, hablaré, diré poesías y reiré cuando tú quieras, pero no



me pongas otro nombre que el de *Muñeca*: es el que me corresponde.”



### UN FONÓGRAFO

La muñeca tenía un precioso fonógrafo dentro de su pechito de cartón, con discos variados y muy lindos: la Marcha de San Lorenzo, Himno a mi Bandera, La Plegaria de un Ángel, Himno a Sarmiento, Himno a Rivadavia, el Ave María, y muchos otros.

Mis lágrimas se convirtieron en exclamaciones de júbilo y desde ese momento ya no pensé más en bautizar a mi muñeca, sino en bendecir y abrazar a mi sabio, a mi querido abuelo.

*María Luisa.*

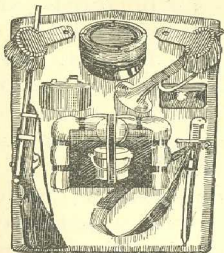
---

## LA VUELTA DEL SOLDADO

HABLA JOSÉ MARÍA

### ¡ PATRIA !

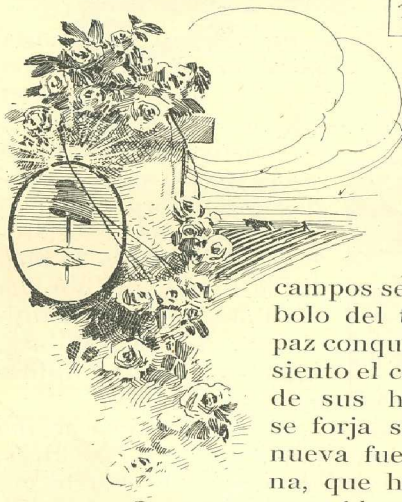
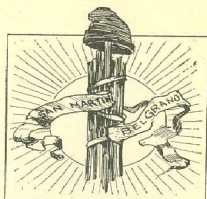
Desde muy niño esta palabra sacrosanta tenía un altar en mi alma, y aunque mis pocos años me impidieran definirla con el convencimiento con que hoy puedo hacerlo, no dejaba de elevar su concepto en aras de todas mis adoraciones.



Como todas las criaturas, no concebía la idea de la Patria sino por sus símbolos de guerra: uniformes, espadas, cañones, ejércitos, bandas militares...

Pero a medida que mi cerebro se iba abriendo al discernimiento de todas las ideas, he ido comprendiendo que la Patria era mucho más que eso.

Hoy comprendo aquella Patria armada en constante defensa de sus prestigios, sosteniendo sin mácula el glorioso pabellón de Belgrano, pronta a continuar las heroicas victorias de San Martín, que dieron libertad a media América.



Pero también comprendo ahora el hermoso significado de la Patria, cuando contemplo sus inmensos campos sembrados, símbolo del trabajo y de la paz conquistada; cuando siento el calor patriarcal de sus hogares donde se forja sin descanso la nueva fuerza del mañana, que ha de darle mayor vida y mayor auge;



cuando leo la liberalidad de su Constitución franca y benévola — que abre nuestro suelo generoso y hospitalario a todos los hombres de buena voluntad; — cuando la contemplo desarrollando su inmenso programa de bienestar, paz, fraternidad, progreso, trabajo y libertad.



## EL AUSENTE

Hacia ya muchos meses, nuestra familia había prestado su contingente a la causa de la Patria.

Mi hermano Andrés — el mayor de todos los varones — que a pesar de todo era muy

joven, se había enrolado en las filas gloriosas de

nuestro ejército nacional que — aliado

con los ejércitos oriental y brasileño — reclamaba el

esfuerzo de todos los buenos patriotas

para vengar ofensas del tirano López

que oprimía a nuestra hermana, la República del Paraguay.

Muchos meses hacia ya que su despedida —

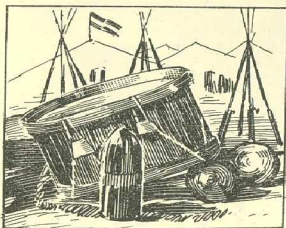
triste y solemne por la separación, pero grande

y digna por el motivo que la causaba —



había hecho derramar lágrimas a mis queridos padres, a mis santos abuelitos y a todos nosotros.

Y muchas también habían sido las oraciones elevadas de nuestros labios, por el pronto regreso del ausente y triunfo de la causa buena.



## LAS CARTAS

Como gotas de bálsamo, en nuestro dolor de su ausencia, llegaban a veces sus cartas.

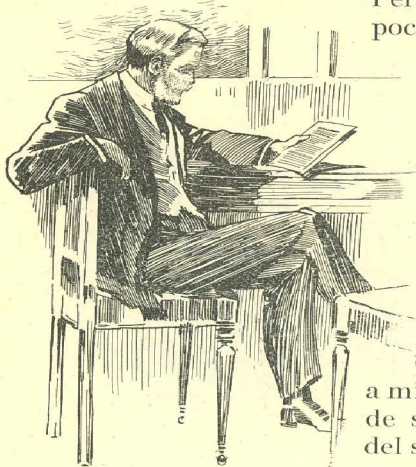
Peró pocas, muy pocas, porque las comunicaciones estaban casi siempre interrumpi-

das y más pocas todavía para nuestro deseo, porque tales cartas no alcanzaban

a mitigar la pena de su ausencia del seno familiar, que tantos re-

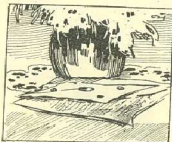
cuerdos nos traía.

Sus cartas eran esperadas con ansiedad y se leían con avidez por nuestro padre,



que para eso nos reunía con toda solemnidad en el severo comedor de la casa.

Después de escuchar religiosamente todas las palabras que nos enviaba el ausente, el término invariable de tales escenas eran nuestras lágrimas, que derramábamos con cariño por la memoria del hermano querido.





## LAS NOTICIAS DE LA GUERRA

Diariamente se leían — con todo el interés que es de imaginarse — las noticias que sobre la guerra publicaban los periódicos.



¡Cuánta alegría cuando llegaba la noticia de una nueva victoria del ejército aliado! ¡Cuánta pena cuando se publicaba la lista de los caídos en tan rudos combates!

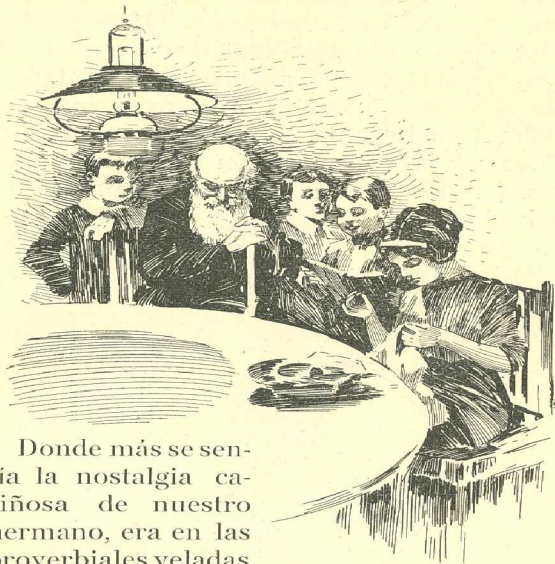
El tema de la conversación diaria en la casa, en la calle, en todas partes, era siempre la guerra y no faltaba quien, recibiendo noticias privadas de la marcha de los sucesos, se apresurase a ha-

cerlas públicas para satisfacción del pueblo, ávido de todas las informaciones.

De esta manera—algunas veces por informes particulares—casi siempre por los diarios—llegaban intermitentemente las noticias de las victorias obtenidas, pero también muchas veces llegaban detalles de los muertos, noticias éstas, dolorosas, que enlutaban los hogares, sembrando en ellos la tristeza y la desesperación por el ser querido, desaparecido gloriosamente, pero lejos de la familia.



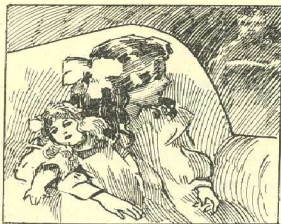
## LAS VELADAS DEL HOGAR



Donde más se sentía la nostalgia cariñosa de nuestro hermano, era en las proverbiales veladas de nuestro hogar que, siguiendo una antigua costumbre de familia, nos reunían después de cenar en torno de la mesa grande.

Allí, las mujeres de la casa cosían o bordaban; el hermano mayor — ahora reemplazado por el segundo — leía y el abuelito comentaba para nuestro mejor entendimiento esas lecturas morales, grandes y sabias donde aprendimos tantas cosas bellas y buenas.

Y era en los momentos de empezar la lectura, cuando por una rara sugestión, producto de nuestra ansiedad, creíamos ver levantarse con el libro en la mano la figura de nuestro Andrés querido; pero la realidad se encargaba de disipar bien pronto esa ilusión de nuestros sentidos.





### UNA BUENA NOTICIA

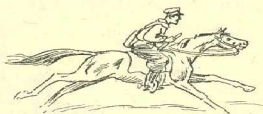
Un buen día—uno de esos días claros de sol—en que parece que hasta el cielo quisiera anunciarnos alguna alegría—leímos en los diarios, con agradable sorpresa, la próxima terminación de la guerra, a tal punto tan cercana, que hasta se hablaba ya del regreso de



varios cuerpos cuyos servicios no eran ya útiles en el campo de acción.

Leer esto y arrodillarnos todos en acción de gracias al Todopoderoso, fué una sola cosa.

María Inés y María Luisa lloraban de contentas, todos los varones saltábamos y brincábamos, nuestros padres tornaron en un gesto risueño la ya acostumbrada tristeza que velaba sus rostros, y hasta el abuelito mayer nos sorprendió canturreando entre dientes el Himno Argentino, cosa verdaderamente inaudita en él, que nos tenía acostumbrados a su gravedad patriarcal.



## LA ÚLTIMA CARTA

Al día siguiente se recibió una carta y por la letra del sobre nos dimos cuenta que era de Andrés.

Venía dirigida a papá, pero él no estaba en casa y nosotros no podíamos resistir la tentación de leer su contenido, pues sabiendo que eran noticias de nuestro hermano mayor toda dilación en conocerlas era de mortal angustia.

Por fin nos decidimos a pedirle a mamá que ella la abriera. De todos modos se trataba de Andrés y papá no podía enojarse por eso.



Sin embargo, mamá, obligada por el respeto que debe merecer la correspondencia, aunque sea familiar, acalló sus ímpetus maternales y comprendimos que sufría más que nosotros al no poder abrir esa carta, porque sus lágrimas, silenciosas, brotaban de sus ojos y humedecían su rostro inefable.

A la hora de almorzar llegó papá y los minutos fueron pocos para entregarle la carta.

*Mamá Petrona* gritaba en el comedor: — “¡La comida está servida! ¡Señora, que se enfría la sopa!”

Pero qué íbamos a hacerle caso nosotros. No faltaría más.

Abrió papá la carta y... ¡Que se enfría la sopa!—gritó nuevamente desde el comedor *mamá Petrona*.

Ávidos contemplábamos la cara de papá para adivinar en sus menores movimientos lo que contenía la carta, y después de un minuto de insoportable angustia, nos dijo casi entre sollozos: “Ya se embarcó... de regreso... está bien... pronto llegará... tal vez mañana...”

¡La sopa se enfría, pues!—gritó nuevamente *mamá Petrona*,—esta vez al lado de

nosotros, pero una exclamación nuestra la interrumpió.

— ¡Andrés llega mañana!

— La sopa... ¡Ah!... ¡el niño Andrés!... y dos gruesas lágrimas brotaron de los ojos de *mamá Petrona* que, en tal sorpresa de alegría, en la exaltación de sus sentimientos de cariño, dejó caer la sopera que se hizo mil pedazos en el suelo.

.....  
.....

¡Oh, qué cuadro! Llorábamos todos de alegría, nadie pensaba en almorzar, todo era albricias, felicidad, dicha.

— ¡Llega por fin! ¡Se acabó la guerra!  
¡Llega bien!



— Sí — dijo papá — y dice que nos trae una sorpresa.

— ¿Qué será?

— ¿Quién sabe?







## PREPARATIVOS

Calmados un poco los ánimos, se trató de averiguar el día exacto que llegaría.

Se ignoraba a ciencia cierta, pero se suponía que debía ser al día siguiente o al otro a lo sumo.

Entonces empezaron los preparativos. María Inés dijo que había que hacerle los platos predilectos, que tanto tiempo hacía que no probaba. Y *mamá Petrona*, sabiendo que le gustaban las empanadas de carne, los

alfajores con dulce de leche, las rosquitas de maíz, etc., puso manos a la obra para lucir sus dotes culinarias y recibir al buen soldado con los manjares que prefería.



Nosotros, los chicos, fuimos a juntar flores y a sacar fruta. Mamá a prepararle su ropa, tanto tiempo guardada.

Y así transcurrió todo el día en mil preparativos, para recibir dignamente al hermano y al soldado que supo ofrecer su sangre en holocausto de la Patria.

Que día tan largo. Muy entretenidos todos en los preparativos, contábamos los minutos esperando con ansiedad el día siguiente. Me acuerdo que hasta abuelito dijo: "Quisiera dormirme y no despertar hasta el momento en que llegara."





## EL GRAN DÍA

Pero dice el proverbio que no hay plazo que no se cumpla; y, efectivamente, llegó el gran día que tanto esperábamos, aunque no tan pronto como nuestro deseo pedía.

Todo respiraba alegría a nuestro alrededor. Las flores lucían sus colores más viva-

mente que de costumbre; el aire parecía perfumado; los árboles agitaban tenuamente su ramaje, mecidos por una brisa ideal; los pájaros trinaban ruidosamente como una orquesta afinadamente rara y hasta la luz más clara, prestaba a todos los objetos un contorno luminoso desusado.

¿Quién será capaz de contar las carreras que hicimos esa mañana hasta la puerta de calle para ver si volvía papá que había ido al puerto, en busca de mayores noticias?

¿Quién será capaz de contar los latidos de nuestro corazón, queriéndose escapar por la boca, todo ansiedad, al sentir el menor golpe en la puerta y al ver, desilusionado, que sólo era el vendedor de periódicos, o el lechero?

¡Momentos felices de aquel día! ¡Otros vendrán iguales puede ser, pero mejores, imposible!





## ¡ POR FIN !

A las once de la mañana, cuando ya desesperábamos de la llegada del ausente, cuando hasta *mamá Petrona* contemplaba tristemente sus manjares que tal vez se perdieran inútilmente, sentimos abrir suavemente la puerta de hierro del zaguán.



Y un grito de sorpresa se escapó de nuestros labios, mientras quedábamos un minuto en suspenso, sin saber qué hacer. Al lado de papá, que sonreía misteriosamente, estaba un apuesto oficial — un alférez — alto, delgado, pálido, tal vez como una muestra

de los sufrimientos pasados en los campos de batalla, pero de una apostura bizarra, noble, envidiable.

— ¡Andrés! ¡Es Andrés! — gritamos de golpe, todos a la vez.

— ¡Andrés! ¡Es Andrés!

— ¡Mamá, abuelitos, hermanos!... y no pudo proseguir, porque los sollozos que en vano quería retener, ahogaron su voz, explotando en una catarata de lágrimas y gemidos que expresaban toda su alegría. También se llora de felicidad, y ese llanto, tan puro, tan noble, era la manifestación más grande de su dicha.

Y todos nosotros, contagiados por la majestad insuperable de esta escena familiar, llorábamos también a lágrima viva, mientras Andrés caía de brazo en brazo, estrechando contra su pecho a mamá, a nuestros abuelitos y a nosotros.

Nadie hablaba, en esos momentos en que la felicidad parecía no caber en nuestras almas, pero el silencio, tan conmovedor y tan elocuente, prestaba a su regreso una coronación digna de este poema familiar.

Y nos disputábamos entre todos el turno para abrazarle, para besarle, y no dejamos un solo rinconcito de su rostro sin que nuestros labios se posaran en él en un ósculo fraternal y de inmenso cariño.

¿Y *mamá Petrona* — preguntó papá —  
dónde se ha metido?

—Aquí estoy, señor, balbuceó también  
entre sollozos entrecortados, en un rincón  
del patio, sin animarse a intervenir... Yo  
también quiero abrazarlo...

—Venga, venga aquí, buena *mamá Petro-  
na* — interrumpió Andrés; — usted también  
tiene derecho a mis brazos, porque la quiero  
como si fuera de los míos.

Y la pobre negra, fiel, buena, leal — la  
buena mamá postiza de todos nosotros —  
corrió a estrechar a su predilecto...





## EL ALMUERZO

Después de un rato largo, y a una orden de papá nos disolvimos, porque el pobre Andrés quería mudarse, lavarse, hacerse el tocado, para ir a la mesa que ya estaba casi pronta.

— Bueno, que se mude, — dije yo, — pero

de ropa interior nada más, porque debe venir a la mesa con ese traje de comandante tan bonito.

—No es traje de comandante, es de alférez solamente.

—Bueno, es lo mismo, de todas maneras que venga a la mesa, de alférez.

Y así lo hizo a la media hora.

Después de un rato de conversación, donde Andrés preguntó por todos los parientes y los amigos, dijo abuelito el mayor:

—Ahora, Andrés, nos contarás tus hazañas y todo lo que hayas hecho durante tu ausencia.

—Es muy largo, abuelito, y lo iré contando poco a poco, en nuestras veladas. Ahora solamente debo decirles que he estado en casi todos los combates librados, que en Curupaytí recibí un balazo en una pierna, que por poco me la cortan. Afortunadamente, el cirujano de mi regimiento, de una preparación sólida, intentó y consiguió obtener la curación de la fractura sin dejarme inválido. Allí fui hecho alférez, pero antes, en otros combates, fui ascendiendo paulatinamente a cabo, sargento segundo y sargento primero.



He sufrido mucho, como todos mis compañeros; acostumbrado a todas las comodidades como estaba, me era muy duro tener que dormir muchas veces a lomo de caballo; otras veces en el suelo, hasta sin mantas, con la mochila por toda almohada. La comida, si era comida nuestro alimento, escaseaba muchas veces; la sed, en muchos momentos, nos acosaba sin tener ni siquiera el agua putrefacta de los charcos para refrescar nuestros labios resecos, y, sobre todo, el sufrimiento de ver caer a nuestro lado a nuestros camaradas, nuestros compañeros queridos, recibir su último aliento, empapado muchas veces en sangre, y también encargarnos de sus ruegos, para transmitir sus últimas voluntades a la pobre madre, o a la mujer que esperaba ansiosa su regreso.

Mucho he sufrido, mucho, pero por encima de todo estaba la santa idea de la Patria, y aun en medio de las mayores desventuras, aun desfalleciendo, sin fuerzas para continuar adelante, ese recuerdo nos prestaba nuevos bríos y nos alentaba a sufrir por ella.

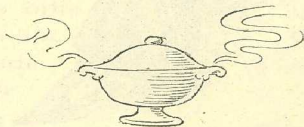
La nostalgia de la familia, de esta santa casa, de tus consejos, padre mío, de tus caricias madre querida, de sus abrazos abue-

litos de mi alma, y de vuestras pillerías hermanitos, me perseguía por todos lados, pero ese recuerdo estaba siempre asociado al de la Patria, porque nunca pude ni podré concebir separados esos dos sentimientos.

Y hoy que vuelvo a vuestro seno, triunfador, puedo recibir vuestros besos sin avergonzarme, porque supe defender la herencia que nos legaron San Martín y Belgrano.

Pero, quiero que antes de terminar esta comida de familia, que nos reúne después de tan larga separación, elevemos nuestras preces al Todopoderoso, y nos pongamos de pie, para gritar con todas las fuerzas de nuestra alma: ¡VIVA LA PATRIA!

*José María.*



---

## EL CASAMIENTO DE MI HERMANA

HABLA RAÚL.

### MI HERMANA

María Inés — mi hermana mayor — fué siempre una hija modelo. Cariñosa y sumisa, tenía verdaderamente conquistado el afecto de mis padres, quienes la adoraban por las hermosas prendas de su carácter.



Compartía con Vicentito el primer sitio en el corazón de nuestros abuelitos, pero si él había logrado la mitad de esa preferencia, lo debía a que era el menor y

a sus picardías; en cambio ella la había obtenido en virtud de sus cualidades superiores, pues era educada y amorosa y no desperdiciaba el detalle más insignificante que pudiera dar un placer a la gente respetable de la casa.

En cuanto a nosotros, los chicuelos de la familia, también la adorábamos, porque era una segunda madre para nuestra inexperiencia.

Estaba pronta siempre a perdonar nuestras pequeñas faltas; nos ayudaba en nuestra labor escolar, explicándonos los puntos oscuros, y, en fin, era casi nuestra Providencia.

Le debíamos nuestra gratitud, pero se la pagábamos con nuestro cariño.





## ¡22 AÑOS!

La costumbre nos hacía creerla siempre una criatura como nosotros.

Sin embargo, un buen día (su cumpleaños) advertimos que había cumplido 22, es decir,

que hacía real y efectiva su entrada en el mundo de las personas mayores y que, por consiguiente, ya no teníamos más remedio que considerarla como tal.

Y estoy convencido que todos, en casa, tuvieron igual sorpresa; porque abuelito, el mayor, durante la comida con que festejamos ese acontecimiento,

le dijo al besarla en la frente que había que pensar en casarla, manifestación que dilató todos los ojos en un gesto de asom-





bro, aunque inmediatamente todos comprendieron que tenía razón.

María Inés se puso roja y nada contestó, pero su rubor nos reveló que abuelito no había dicho tal cosa por casualidad, sino porque sabía algo que nosotros ignorábamos.



## EL BUEN AMIGO

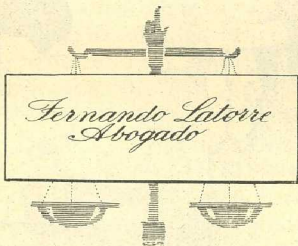
Fernando Latorre, muy amigo de mi hermano mayor, abogado recién recibido, frecuentaba mucho nuestra casa y había tenido tanto tacto durante sus visitas que todos le consideraban un buen amigo, mérito raro en nuestra familia, porque papá era muy parco en otorgar tales títulos, lo que siempre le ahorró muchos disgustos.

Era lo que podemos llamar un buen mozo en toda la extensión de la frase, y a sus dotes físicas unía una preparación intelectual de primer orden.

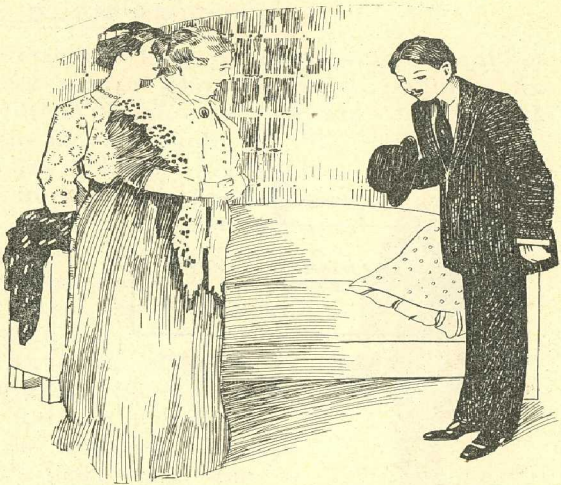
Sus cualidades morales, puestas de relieve en sus continuas visitas a casa, habían conquistado nuestra ardiente



simpatía, a tal punto, que anhelábamos siempre su compañía y su conversación instruida y amena.



## LAS VISITAS



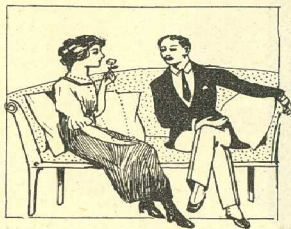
Las primeras visitas—no podía ser de otro modo—Fernando las hizo acompañando a Andrés o viniendo a buscar su compañía. Pero a medida que el tiempo transcurría, sus visitas se hacían más frecuentes y más



largas y no se concretaba a hacerlas cuando estaba Andrés, sino que cuando él se encontraba ausente pasaba a saludar a papá y mamá, a quienes "venía a presentar sus respetos", como decía con toda cortesía.

Algunas noches que papá salía con Andrés (y esto sucedía a menudo en tiempo de elecciones, pues ambos frecuentaban el comité del partido en que militaban), La-torre pasaba a saludar a mamá y se quedaba conversando con ella y María Inés y Ma-ria Luisa, que él con toda galantería calificaba como dos de las Tres Marías, des-

prendidas del cielo para bienaventuranza de nuestro hogar.



Muchas veces tam-bien asistía a nuestras veladas de familia y con su infatigable buena voluntad en-contraba medio de

conversar con el abuelito, hablar con papá, discutir con Andrés de algún problema cien-tífico y hasta de hacer coro a nuestros jue-gos, todo al mismo tiempo.



## UN REGALO

El día en que María Inés cumplió sus 22 años, recibió, entre otros regalos, un estuche-cito, coquetonamente envuelto, y, al abrirlo,

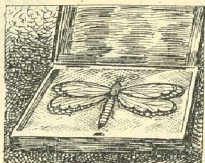


un grito de admiración se escapó de nuestros labios.

Era un maravilloso broche de oro y esmalte que simulaba una mariposa con las

alas desplegadas en actitud de querer volar; artístico trabajo que denotaba el gusto del que lo enviaba.

Cuando leyó la tarjeta que acompañaba al regalo nadie se sorprendió, pues todos adivinamos que el autor del obsequio debía ser Fernando Latorre.





## UNA PETICIÓN

A la noche — convidado desde el día anterior por papá — vino Fernando a cenar con nosotros y abuelito, con un gesto picaresco le invitó a sentarse al lado de María Inés, cosa que él aceptó gustosísimo, con una alegría que demostraba bien a las claras.

La cena transcurrió en medio del contento

más familiar, y a los postres Fernando brindó por la felicidad de la que festejábamos.

Terminado el acto, Fernando pidió a abuelito que le acompañara al jardín, pues quería hablar con él. A nosotros nos intrigó el secreto y yo, más decidido que todos, resolví espiarlos.

Esta actitud de mi parte no era muy correcta, sin duda, pero yo era un chiquillo un poco curioso y quería saber de qué se trataba, pues presumía que algo bueno debía ser.







### LO QUE ESCUCHE

Y así fué, en efecto. Llegados los dos al banco, yo me oculté detrás de un rosal y desde allí pude oír lo siguiente:

— Señor, — dijo Latorre, — a usted no le habrá pasado inadvertido el interés que me inspira María Inés.

— Así es, amigo Latorre.



—Pues bien, yo creo llegado el momento de formalizar esta situación. Me dirijo a usted porque es el patriarca de la familia y tendría un verdadero placer en contar con su apoyo. Mañana vendrá mi padre para hablar con don Andrés y doña Juanita.

—¿Y María Inés?— interrumpió el abuelito.

—Creo que me corresponde.

—Ustedes son dos pícaros. Había ya adivinado sus propósitos y lo único que puedo decirle, amigo Latorre, es que le considero digno de ser mi nielo...



Oír yo esto y salir corriendo para decirselo a mamá, fué todo uno.

Pero, con mucha sorpresa, mamá, en vez de agradecerme la confidencia, me dió una reprimenda y me mandó callar.

Yo me quedé un poco resentido, pero pensaba que me agradaría también que Fernando fuera hermano mío.

## AL DÍA SIGUIENTE

Al día siguiente, en un coche de librea llegó a casa el padre de Fernando, un señor de barba blanca recortada, muy acicalado y muy atrayente.



En cuanto tocó el llamador abrió *mamá Petrona* y le hizo pasar al escritorio, donde le esperaba papá y mamá.

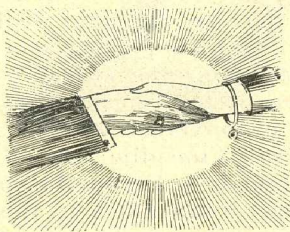
Allí conferenciaron durante un rato y papá mandó llamar a María Inés, que salió a los pocos minutos toda ruborizada, pero luciendo una sonrisa que demostraba toda su felicidad.

Cuando se fué el padre de Fernando, papá nos llamó a todos en el comedor grande y allí nos dijo lo siguiente:

—El padre de Fernando me acaba de pedir para su hijo, la mano de María Inés.

Como lo considero un partido ventajoso, pues Fernando es un mozo educado, bueno, y, sobre todo, como ellos desean ese matrimonio, he dado mi consentimiento; de manera que desde hoy Fernando ya no vendrá a esta casa como un amigo, sino como un futuro hijo mío y como un futuro hermano de ustedes.

Los abuelitos aprobaron todo con un movimiento de cabeza y María Inés, ruborizada siempre, nos besó a todos en la frente, rebotando de dicha.





### EL NUEVO PAPEL

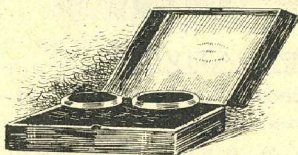
Todos estábamos muy contentos y hacíamos votos por la felicidad de los novios, pero a mí me hizo poca gracia cuando al día siguiente vino Fernando, y en vez de hacerme caso a mí, que siempre jugaba con él, se puso a conversar con María Inés.

Por lo visto — me dije yo — el nuevo papel ha cambiado a Fernando, pues ya no me hace caso como antes, y me quedé un poco resentido. Pero no tuve más remedio que conformarme, porque comprendía que ahora el tenía que dedicarse por completo a María Inés, como ella se dedicaba a él.

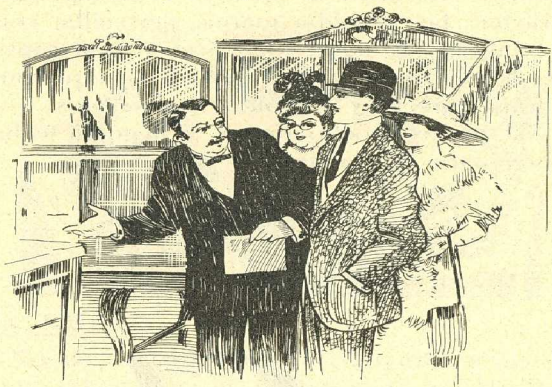


Sus visitas, ahora un poco menos frecuentes, en razón de que ya revestían otro carácter, las presidía mamá, pero ella, con sus labores u algún otro pretexto, siempre les dejaba un rato de libertad para que pudieran conversar sin oídos indiscretos.

Así pasaron ocho meses y llegó la fecha fijada para el matrimonio.







## LOS PREPARATIVOS

Desde hacía algún tiempo en casa se podían observar movimientos desusados. Las muchachas se apresuraban cosiendo y bordando; a cada momento llegaban paquetes de tienda; una vez Fernando trajo un catálogo de muebles, después salieron con María Inés y mamá, y en fin, sucedían muchas cosas raras, pero que nosotros comprendíamos que eran preparativos para el casamiento.

La fecha se había fijado para el 8 de diciembre, la fiesta de la Virgen, y a medida que se acercaba ese día, los trabajos en vez de desaparecer se centuplicaban.

A todos los varones nos hicieron trajes nuevos. María Luisa se había hecho uno color blanco, que era una delicia, pues ella tenía una mano privilegiada para la costura, además de que era muy elegante y todo le sentaba bien.

María Inés había ya concluido su traje de novia, que nosotros contemplamos sobre la cama, y la verdad: era divino. Su velo de gasa, sus azahares, la corona nupcial, el ramo, todo era precioso y debía de quedarle maravillosamente bien.

El 7 de diciembre, víspera del casamiento, fué el día de peor trajín que tuvimos, pues eran tantas las menudencias que faltaban por hacer, que hasta Vicente, el personaje más pequeño de la casa, tuvo también el honor de que se le tomara en cuenta y se le confiaran misiones de cierta importancia, puesto que contribuían a completar los preparativos del acto.

## EL DIA DE LA BODA

Yo siempre fui muy dormilón. ¡Me gustaba mucho permanecer en la cama, despertarme lentamente, jugar con el gato remolón y travieso, y no levantarme hasta que *mamá Petrona* empezaba a refunfuñar! Pero ese día la pereza se me disipó como por magia y a las seis de la mañana estaba ya vestido y en el patio.

Yo creía que sería uno de los primeros en levantarme, pero mi sorpresa fué grandísima al cerciorarme de que todo el mundo estaba de pie y de que mi actitud no asumía las proporciones de un verdadero acontecimiento, como me había figurado.

Disimulé como pude, y empecé a ayudar.

Mamá me mandó a cortar flores, todas las que hubiera en el jardín, y como esa tarea me gustaba mucho no vacilé y puedo asegurar que entré a saco en el dominio de las flores de un modo tal, que no quedó ni una para remedio.

Después, ayudado por María Luisa, que

tenía mucha habilidad para ello, hicimos grandes ramos para adornar la sala y el comedor.



A eso de las diez de la mañana llegó un carro con alfombras, toldos y un sinnúmero de cosas, y los hombres que las traían tomaron la casa por su cuenta y empezaron a arreglarla.

El patio, cuyo piso era irregular porque tenía una ancha galería, lo nivelaron con



tirantes y tablas y encima colocaron una alfombra colorada que parecía teñida en sangre ¡tan roja era! Luego lo entoldaron, y delante de todas las puertas colocaron cenefas con cortinados de terciopelo también rojo y en el medio del toldo una regia araña de gas (en aquel tiempo no había luz eléctrica) muy grande, que esparcía una luz casi como la del sol.

En el zaguán pusieron una alfombra blanca, y también un cortinado blanco en la puerta de hierro que daba al patio.

La pieza de mamá, que era la segunda, la desocuparon e invadieron la mía con todos los muebles. Yo me preguntaba para qué harían tal cosa, pero después vi que ponían unos grandes escaños en la pieza vacía y que los cubrían con terciopelo rojo. Pregunté a *mamá Petrona* qué era eso, y me dijo que eran para los regalos.

Después, a las doce, nos llamaron a almorzar, pero apenas si probamos un bocado, pues todos estábamos ansiosos, emocionados, y no teníamos deseos de comer.

A la una empezaron a traer paquetes de



masas, fuentes de bombones, cajones de Champagne, Oporto, Jerez, y de todo cuanto puede haber en una confitería. Más tarde

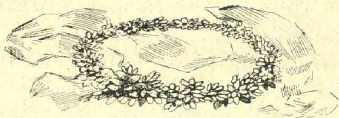


vinieron los mozos a arreglar la mesa, y cuando la dejaron lista presentaba un aspecto soberbio. La plata de los servicios brillaba como diamantes, la cristalería, finísima, daba reflejos color oro, y alrededor de la mesa una guirnalda de rosas blancas y claveles rojos encuadraba todo en un marco precioso.

Más tarde empezaron a llegar los regalos. ¡Qué manera de ir y venir desde la puerta mensajeros, muchachos, sirvientas, todos con paquetes, que María Luisa iba desmenujando y colocando en los escaños de la pieza vacía, y que resultaban pequeños para

contener tanta cosa! ¡Y yo que había creído que eran muy grandes!

Fernando llegó a las tres y abrazó a María Inés, a mamá y a papá: El abuelito asemejábese a un general dando órdenes, curioseando todo, y parecía que tenía el don de la ubicuidad, pues en todas partes lo encontrábamos.



## LA BODA

Fernando se fué a las seis, apuradísimo, pues la boda se había fijado para las nueve de la noche, y apenas le quedaba tiempo para unas pequeñeces que todavía tenía que hacer.



María Inés, a las ocho empezó a vestirse ayudada por mamá, María Luisa y *mamá Petrona*, y yo, que era muy goloso, me aproveché del momento y me fui al comedor, y empecé a probar una masita de cada fuente para que no se dieran cuenta.

Abuelito me regañó mucho por esta acción fea.

A las nueve en punto vinieron los coches. El primero, el de la novia, todo forrado de

pañó blanco y con un gran ramo de flores dentro. Las riendas eran blancas y del látigo y los faroles colgaban dos escarapelas también blancas con azahares. Los caballos blancos y el cochero con una corbata plastrón, también blanca; parecía todo de nieve.

Los demás coches, más serios, pero espléndidamente puestos.

En seguida se empezó a juntar gente en la puerta, especialmente todos los chiquillos del barrio. En los balcones se asomaban todas las vecinas, pues tenían curiosidad por ver salir a la novia.

A las nueve y diez llegó Fernando, apuradísimo, pues no quería hacer esperar. Venía vestido de rigurosa etiqueta y el traje le ayudaba a realzar su hermosa figura.

Cuando salió María Inés de su tocado a duras penas pudimos contener un grito de admiración. ¡Qué hermosa estaba! ¡Qué bien le quedaba el vestido, con la cola tan larga y el velo y la corona y el ramo de azahares!

Fernando abrazó a todos (a mí también); y abuelito, que ya medio lloriqueaba de felicidad, dió la orden de partida.

En el primer coche subió María Inés con papá, que era el padrino, y con mamá.



En el segundo Fernando con su madre y su padre. La madre de Fernando salía de madrina.

Después, en los demás coches, se colocaron por orden de edad, los abuelitos, nosotros, nuestros primos, y los amigos de la casa. Eran quince coches y estaban todos llenos.

Cuando salieron los coches hubo una gritería inmensa en el barrio. Todos los chicos gritaban: ¡padrino, padrino!; y papá los hizo callar con una cantidad de moneditas que les arrojó.

A los cinco minutos llegamos a la iglesia.

Toda iluminada y con cortinados blancos, parecía un crisol de oro en ebullición.

Cuando bajamos de los coches se formó el acompañamiento, que encabezó la novia del brazo del padrino seguida del novio del brazo de la madrina. Y al pisar el umbral de la iglesia, una orquesta, que parecía bajar del cielo, inició los primeros acordes de una marcha nupcial.

¡Qué espectáculo tan solemne! Todo llegaba al alma, y yo que he sido siempre muy sensible, a duras penas podía contener mis lá-



grimas que se asomaban a los ojos, ante la majestad sublime del acto.

Llegados al altar mayor tomamos colocación al frente de él, y el sacerdote, que estaba esperando revestido con sus mejores galas, empezó a administrar a los novios el santo sacramento que solicitaban.

Llegado el clásico momento de las preguntas, María Inés pronunció un sí temblorosa de emoción; y Fernando, por el contrario, uno vibrante, que demostraba la felicidad que sentía en esos instantes. Luego dieron los anillos al sacerdote, quien los bendijo, y, por último, cuando terminó la ceremonia pasamos todos a la sacristía donde los novios debían recibir los plácemes.



Mamá corrió a abrazar a su hija, y las dos, fuertemente estrechadas, sollozaban silenciosamente. ¡Pobre mamá! la quería tanto, que este acontecimiento le parecía que le quitaba su hija adorada. Papá lo mismo. Nuestros abuelitos, todos enternecidos, la grimeaban, y yo mismo no pude contenerme más y prorrumpí en un llanto desconsolador.

Después vinieron todas las amigas y amigos y se cruzaron las felicitaciones y el reparto de azahares. A mí me dió uno de tres botones, que me coloqué orgulloso en el ojal del saco.





## LA FIESTA

Después de llenadas las formalidades legales, pues en aquel tiempo no había Registro Civil y todo se hacía en la iglesia, tomamos los coches de regreso y volvimos a casa. Pero entonces, los novios ocuparon el primer coche y los padrinos el segundo.

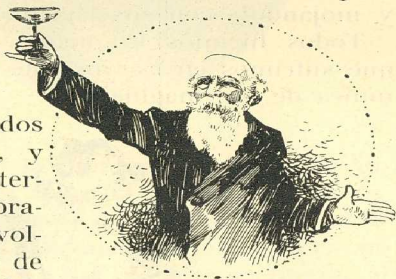
Cuando entramos en casa nos recibió *mamá Petrona*, que también lloraba de felicidad, y en la sala había ya una cantidad enorme de visitas, que venían a festejar el acto.

La orquesta preludió otra vez la marcha nupcial y luego empezó el baile, en medio de toda la alegría.

Pero un momento después, abuelito, con todo sigilo me mandó llamar a los novios, a mamá y a papá, y a todos nuestros hermanos para que pasaran al comedor, pues quería estar un momento a solas con toda la familia.

Cuando todos se reunieron, y después que terminaron los abrazos que nos volvimos a dar de nuevo, abuelito mismo sirvió champagne y levantando su copa, se dirigió a Fernando, diciéndole:

“Te llevas una de nuestras más preciadas joyas, pero has sabido conquistarla por





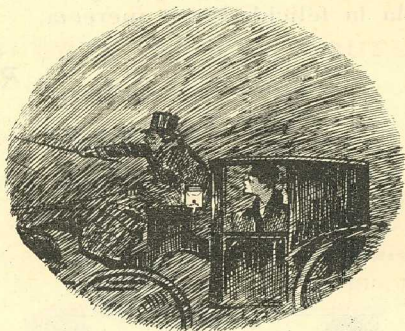
tus méritos indiscutibles. Oye mis votos, que son los de un anciano que tal vez no podrá asistir más a un acto como este, y ojalá que mis palabras sean la consagración de tus destinos. Quiérela mucho, porque es buena y porque es santa, y que la felicidad reine siempre en el nuevo hogar que formáis.”

Fernando se levantó emocionadísimo y quiso hablar, pero sólo pudo articular unas palabras que no se entendieron y cayó en brazos de abuelito, besando su melena blanca y mojàndola con sus lágrimas sinceras.

Todos hicimos lo mismo, y la emoción que sufrimos en ese instante no se borrará nunca de mi imaginación.







## UNO MENOS

A la una de la mañana, mi hermano Andrés preparó la fuga de los recién casados. Mientras todos pasaron al comedor a brindar por el nuevo matrimonio, ellos, con disimulo, tomaron su coche y se fueron al nido que habían preparado.

La fiesta siguió hasta el amanecer, y cuando terminado todo nos fuimos a acostar, pensábamos que había uno menos en la familia; pero lejos de entristecernos, porque no éra-

mos egoístas, nos alegrábamos que hubiera labrado su dicha en esa forma y elevamos nuestras oraciones al Señor, pidiendo para ella toda la felicidad que merecía.

*Raúl.*



---

## LA MUERTE DE LOS ABUELITOS

HABLA JUAN CARLOS

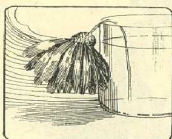
### EL SOL SE APAGA

¡Pobre abuelito! Fuerte como un roble a pesar de sus ochenta y cuatro años, lleno de vida y energía, parecía que para él no transcurriría el tiempo. Sus costumbres tranquilas, su vida metódica, la sana alegría del hogar donde reinaba

como patriarca y señor, la satisfacción de verse rodeado por toda la familia des-



pués de tantos años de lucha, el cariño y la atención que todos le procurábamos, le habían hecho inaccesible a los achaques propios de la ancianidad y pasaba su vida tranquilo, feliz, fuerte, sin una nube que empañara la dicha de su vejez, ni una debilidad que acusara la proximidad del fin de sus días.



## LA ENFERMEDAD

Pero la muerte, que a nadie perdona, acechaba traidoramente esa vida para nosotros tan preciada.

Un día de invierno, gris y frío, uno de esos días nebulosos y húmedos, en que abuelito, siguiendo su costumbre, hizo su paseo por el jardín, sintió de pronto una punzada en un pulmón, tan dolorosa, que abatió su fortaleza y lo postró en cama.

Papá no estaba en ese momento, y mamá, asustadísima, no atinaba a nada. Yo fui corriendo a buscar un médico, por indicación de María Luisa, y mientras tanto abuelita atendía al enfermo poniéndole unas ventosas.







### MALAS NUEVAS

Llegó por fin el médico, cuya demora en concurrir nos parecía eterna, y pasó al lecho del enfermo para examinarlo y diagnosticar.

Con mucho interés lo auscultó y le hizo infinidad de preguntas, pero su rostro frío y severo no expresaba ningún sentimiento que pudiera indicarnos el estado de abuelito.

Concluída su tarea, aprobó las ventosas aplicadas, ordenó que las continuaran y extendió una receta, indicando el tratamiento a seguir.

Pero al retirarse salió junto con mamá, y ya en el patio, haciendo un gesto de desaliento, le dijo que había muy poca esperanza, pues la congestión era gravísima tanto por sí misma como por la edad del enfermo. Se trataba de una pulmonía y había que temer complicaciones.



## DIAS TRISTES

No es posible describir la desolación que se apoderó de todos nosotros cuando supimos el estado de abuelito.

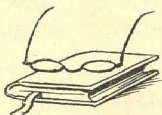


Papá — que era su hijo mayor — no hablaba ni comía; mudo y embargado por su pena tan honda se había instalado en la cabecera del enfermo al lado de mamá, porque abuelita todavía ignoraba su verdadero estado, pues nadie se animaba a decirselo.

Mamá y María Luisa, atentas siempre a las horas para darle los remedios, no tenían ojos para nadie, pues la preocupación por el abuelito las absorbía por completo.

Nosotros, la gente menuda, habíamos interrumpido nuestros juegos para no hacer ruido y caminábamos en puntillas de pie, a fin de no molestar al abuelito en su sueño, que apenas podía conciliar por dos horas seguidas.

Nuestras veladas se interrumpieron por completo y en la mesa todos mirábamos en silencio el lugar del abuelito, que asemejaba un sillón presidencial vacío y más de una lágrima pugnaba por escaparse de nuestros ojos, ante la presunción de que dentro de poco habría que retirarlo por inútil.





### GRAVÍSIMO

Pasaron así cuatro días. Cuatro días largos, interminables, en los que a cada momento preguntábamos cómo seguía para volver a preguntar a los cinco minutos, ilusionados por la loca esperanza de que se nos anunciara una mejoría, así fuera la más insignificante.



¡Cuántas alegrías tuvimos en esos días, cuando le veíamos dormir más o menos tranquilo y nos dejábamos llevar por la felicidad de creer que todo pasaría!

Pero todo debía ser en vano. La noche del cuarto día, el médico dijo que la enfermedad se complicaba.

Papá, desesperado, agarrándose de la última esperanza, pidió una consulta y se convino que se haría al día siguiente a las tres de la tarde.

Andrés, cuyos ojos desde que enfermó el abuelito estaban siempre velados por lágrimas, corrió a la mañana siguiente para preparar la consulta y comprometió a tres médicos, verdaderas eminencias de la ciencia, pues demasiado queríamos al abuelito para no procurarle todos los medios de salvarle, aunque fuera a costa de los más grandes sacrificios.





## LA CONSULTA

Momentos antes de las tres llegó el médico de cabecera para recibir a sus colegas, que llegaron poco después, graves y ceji-juntos, rigurosamente vestidos de negro, con una actitud que no presagiaba nada bueno.

Revisaron los cuatro al enfermo, y sin cambiar palabra fueron a la sala donde se encerraron para transmitirse sus opiniones y resolver el procedimiento a seguir.

La consulta duró un cuarto de hora, durante el cual todos nosotros esperábamos

en la galería el resultado de ella sin atrevernos ni a movernos, tanto era el temor que teníamos de su inutilidad.

¡Y así debía ser!

Cuando se abrió la puerta de la sala, tomó la palabra el médico de más edad y dirigiéndose a papá, le dijo:

— Nuestra misión, señor, es muy dolorosa en estos momentos. La ciencia, desgraciadamente, nada puede hacer en este caso y la salvación sólo puede esperarse de la voluntad de Dios. ¡Valor y resignación porque su enfermo querido no alcanzará a vivir dos días más!

.....

Nuestras lágrimas, que tanto tiempo pugnaban por salir, hicieron explosión en una ruidosa catarata y en los sollozos entrecortados dimos expansión a nuestra pena, más grande que nunca, porque era incapaz de hacer otra cosa que llorar y más llorar,



## ¡POBRE ABUELITA!

Pero en medio de tanto dolor, todos pensamos en la pobre abuelita que aun ignoraba la desgracia que se cernía sobre nuestra casa.

Papá había intentado ya en dos ocasiones prepararla para el duro trance, pero las fuerzas le abandonaban y concluía por dejar para más tarde esa noticia que tanto mal debía causarle.

¡Pobre abuelita! ¡Su compañero de tantos años la abandonaba! Ella, que en su egoísmo de cariño y de ternura para el buen esposo, decía siempre que quisiera morir primero para no sufrir el tormento de verlo dormirse para siempre.

¡Pobre abuelita! Que dura prueba le reservaba el destino.

Sin embargo, había llegado el trance amargo y ante el resultado de la consulta no cabía mayor dilación. Era necesario comunicarle lo que pasaba y no hubo más remedio que llamarla,



## LA NOTICIA

Cuando llegó al comedor, donde todos nos habíamos reunido para rodearla con nuestros afectos cuando recibiera la mala noticia, parecía que presumiera lo que papá le diría, pues sus ojos interrogaban mustios, paralizados los labios, ante la duda tremenda que se levantaba en su pensamiento.

— Mamá, mamá querida — le dijo papá — hay que resignarse ante los designios de Dios. Era demasiada felicidad la nuestra y no podía ser eterna. Papá está muy grave, mucho, y tal vez...

No pudo continuar, el llanto ahogó su voz, pero sus lágrimas decían bien a las claras lo que la abuelita tanto temía.



Y ella, extática, permaneció como clavada junto a la puerta, rígida como una estatua, pálida como un espectro, que hay dolores que paralizan como si arrancaran la vida en un solo instante.

Al minuto, cuando todos la rodeamos temblando por el golpe que recibía, dos lágrimas resbalaron suavemente de sus ojos, dos lágrimas solas, tanto más amargas cuando que eran las únicas que podían humedecer esas cuencas sacrosantas, dos lágrimas puras que hablaron más que todas las quejas que pudieran exhalar sus labios trémulos y casi yertos.

De repente, su cuerpo, que parecía que iba a desplomarse, sacó fuerzas de flaqueza e irguióse majestuoso, como queriendo desafiar a la muerte que no podría llevárselo hasta que terminara su obra, y saliendo para juntarse con su querido enfermo, pronunció estas palabras:

— ¡Qué se le va a hacer!

Y esa exclamación, fría tal vez para un oído extraño, comprendimos que era el grito de un alma desgarrada, despedazada para siempre, aplastada por la inmensidad de la desgracia que no esperaba.

## EL ABUELITO

Ese día, precursor de otro más trágico, debía traernos todavía otra pena.

Cuando abuelita tomó de nuevo posesión de la cabecera del lecho del enfermo, llegamos todos a rodearlo, intentando disfrazar nuestra pena para no entristecer sus últimos momentos.

Pero vano fué nuestro empeño. Nuestra palidez, lo inmenso del dolor que no podía ocultarse, nuestra actitud, nuestras miradas, nuestros menores gestos, fueron otros tantos indicios para el ojo avizor del abuelito, que, llevado de su penetración, tan malhadada en este caso, comprendió lo que a todo trance queríamos callar.

Y como papá, para alentarlo, le dijera que dentro de pocos días ya no se quedaría apoltronado en la cama como un perezoso, él le contestó, tristemente:

— Sí, no estaré en la cama, pero aunque mi cuerpo estará lejos de aquí, mi alma no dejará de vagar nunca en torno de esta casa donde tanto cariño y recuerdos dejaré.

A todos se nos cayeron las lágrimas, y abuelito que tampoco podía contenerlas, nos pidió que le dejáramos solo porque deseaba dormir.

## EL DÍA SIGUIENTE

Los dolores morales, lejos de calmarse paulatinamente, parece que tomaran a cada instante nuevas formas para herirnos con intensidades cada vez mayores.

Y el que padecíamos y que todavía, a pesar de los años que han pasado, deja una memoria amarga en mi recuerdo, era de esos dolores que no bastan a calmar la inutilidad de nuestros esfuerzos; que si en los dolores leves es casi un consuelo, en las grandes penas es un incentivo más que las acrecienta.

Todo era tristeza en nuestra casa.

Los ojos enrojecidos de tanto llorar, los labios habituados a la risa y a la alegría sólo se crispaban ahora en una mueca de sufrimiento y hasta nuestro carácter, de suyo tan ameno y comunicativo, se había tornado retraído, seco y casi agresivo.

Nuestras comidas, en las que reinaba antes la más sana alegría, eran ahora mudas

y apenas si se sentía el ruido de los cubiertos al entrecrocarse.

Y a ratos, como si el ambiente de la casa nos asfixiara, huíamos al jardín, vagando silenciosamente entre los árboles, respirando a plenos pulmones el aire que parecía faltarnos.

Y de esta manera, interminablemente, transcurrió el día, sin que se notara en abuelito el menor síntoma de mejoría.

## LA DESPEDIDA

Aun estábamos en la mitad del suplicio que debíamos sufrir.

Todo lo que habíamos sentido hasta ese momento eran sólo los preparativos de lo que ya esperábamos, pero aun así, no suponíamos que se pudiera padecer tanto.

A las diez de la mañana, el abuelito nos llamó a todos para despedirse. ¡Qué momentos tan trágicos!

Primero besó a papá y lo estrechó contra su pecho fuertemente, lo más fuerte que le permitieron sus débiles brazos; luego a mamá; después a los otros dos abuelitos; en seguida a todos nosotros y a nuestros



primos y al último a la abuelita, a quien le dijo: “Ahora, a ti, viejecita de mi alma; a ti la última, para que sea tu beso el que me acompañe hasta la otra vida!”

Todos sollozábamos amargamente; nuestros corazones, oprimidos por la fuerza del dolor, parecían querer estallar y perdimos la noción del tiempo, en ese triste desahogar de penas, hasta que el abuelito nos dijo:

—¿Para qué llorar? Yo ya he vivido bastante y me llevo de este mundo lo que muy pocos pueden llevarse en este trance: la felicidad de haber constituido este hogar, unido y feliz, que nunca se ha desgarrado hasta ahora que una fuerza superior a la nuestra así lo dispone. No lloréis. Yo os bendigo y desde el cielo he de rogar para que sigáis siendo siempre buenos y felices. Ahora hacedme traer al sacerdote, pues ya que he cumplido mi obra en este mundo, quiero prepararme para el descanso eterno como buen cristiano y fiel creyente.





## LA ÚLTIMA COMUNIÓN

Una hora después llegó el sacerdote que había pedido.

Acompañado del monaguillo y con las solemnidades de costumbre, entró en la habitación del enfermo y después de confesarle, le administró la última comunión.

Nuestro abuelito fué un santo toda su vida y en esos momentos, los últimos de su existencia, el sacramento que acababa de recibir transformó el sufrimiento de su rostro en una expresión de dicha inefable, de éxtasis celestial.

Era la visita del Señor, que le ayudaba a bien morir.



## EL MOMENTO FATAL

Desde ese momento nadie se separó del lado del enfermo, que después de haber recibido la Divina Hostia quedó como sumido en un letargo insensible.

Todos comprendimos que había entrado ya en el período de la agonía y elevábamos nuestras preces al Todopoderoso para que le ahorrara los sufrimientos tan dolorosos para él como para nosotros.

Acongojados y mudos admirábamos al pobre abuelo, cuya alma volaría de un momento a otro a las regiones eternas, y en esos instantes hasta las cosas más pequeñas tomaban formas impresionantes.

La semiobscuridad de la habitación daba a la escena un carácter solemne; el silencio la revestía de emocionante y penosa expectativa y alguna que otra palabra escapada de nuestros labios, daba a comprender las oraciones que consagrábamos al querido agonizante.

¡Dios oyó nuestras súplicas! A las cuatro de la tarde el pobre abuelito abrió sus

ojos, dirigió en torno suyo una mirada, se incorporó tenuamente sobre las almohadas y sin un gesto, sin un grito, cayó desplomado para no levantarse jamás.

Abuelita corrió a abrazarlo, papá cerró los ojos del ya cadáver y todos nos arrodillamos con unción y respeto para rezar la oración de los difuntos.

¡Lágrimas que lloramos en esos instantes, cuántos recuerdos me traéis a la memoria! ¡Lágrimas de cariño, de pena, de desolación, de angustia!

Y la pobre abuela — sola ya entre sus hijos y sus nietos — lloraba casi desmayada entre los cobertores del lecho, de donde no podían sacarla ni los ruegos de papá ni las súplicas de todos.

— ¡Déjenme llorar, déjenme llorar! — decía la pobre abuelita, — ¡déjenme abrazarle, que ya no he de verle más! ¡Mi compañero de sesenta años, me ha dejado sola!... ¡déjenme llorarle... déjenme!...

## LA CAPILLA ARDIENTE

Pasó esta primera explosión de dolor, pero la pena continuaba palpitante en nuestros corazones.

Papá comisionó a Andrés para que diera los pasos necesarios para el entierro y le dijo que lo pidiera de lo mejor; que quería que los honores póstumos del jefe de la familia revistieran toda la pompa posible;

que no reparara en gastos, pues aunque la enfermedad había agotado sus economías, si era necesario se hipotecaría la casa.

Andrés, — noble como siempre, — contestó que no haría falta, que él también tenía sus ahorros y que quería contribuir





al entierro, pues ningún empleo para su dinero sería más digno que ése. Mi tío Antonio, también, aportó todas sus economías.

Dos horas después trajeron el ataúd, el túmulo, los candelabros, las colgaduras, y armaron la capilla ardiente.

Nosotros recogimos todas las flores que había en el jardín y las deshojamos encima del cadáver.

¡Pobre abuelito! La muerte se lo llevaba, pero no había conseguido alterar los rasgos de su cara. Ni un músculo de su rostro se había contraído, pálido como la cera, con los ojos cerrados, parecía dormir. En las manos entrelazadas, abuelita había colocado un pequeño crucifijo de plata y ella, apoyada en el ataúd, miraba la faz divinizada del muerto sin apartarse un segundo de su lado.





## EL VELORIO

Llegó la noche y con ella mi tío Ricardo, hermano de papá, los hermanos de mamá, los parientes lejanos y amigos de casa que venían a dar su pésame y a acompañar a velar al buen abuelo.

A las diez estaba la sala y el patio lleno de gente. Todos, con unción, expresaban su pena ante esa pérdida irreparable y eran sinceros en sus manifestaciones, porque el abuelito había sabido hacerse querer de todo el mundo.

De vez en cuando *mamá Petrona* y algunos comedidos, servían café para ayudar a pasar la noche y continuamente entraban todos a la capilla ardiente para posar su mirada, por última vez, en el cadáver.



Y fué emocionante cuando todas las señoras se arrodillaron alrededor del catafalco para rezar el último rosario que dirigía el Padre Liberato, un sacerdote anciano, amigo de la infancia del pobre abuelo.

Ya de madrugada comenzaron a retirarse los más extraños, y a las cinco empezó a aclarar, pero ese sol que se iba descubriendo lentamente no era el mismo que iluminaba nuestras alegrías; era un sol velado, casi opaco, débil, sin fuerzas, que venía a acompañarnos en nuestro inmenso dolor, en nuestra inmensa pena.

## EL ENTIERRO

Poco antes de las diez, hora que se había fijado para el entierro, llegaron de nuevo todas las relaciones, preparadas para el último acompañamiento.

Cuando colocaron la tapa del ataúd se produjo una escena desgarradora. Abuelita llamaba a gritos a su esposo; mamá y nosotros lo mismo; papá y Andrés y los hermanos mayores lloraban en silencio, y los amigos contemplaban entristecidos el acto que se verificaba.

Un rodar de coches, bruscamente detenidos a la puerta de casa, nos indicó que ya llegaba el instante que nos debía separar para siempre del muerto adorado.

Cuando papá, que encabezaba el duelo, dió la señal de partida, volvieron los llantos a desgarrar nuestras almas, más en las mujeres que en los hombres pues, al fin, nosotros íbamos en el acompañamiento y ellas se despedían para toda la vida en ese momento.

Papá, Andrés, abuelito materno y mis hermanos mayores tomaron el ataúd, pero las dos abuelitas, mamá, mis hermanas y hasta *mamá Petrona* se abalanzaron sobre el féretro, abrazándolo de tal manera, que tuvieron varios amigos que separarlas a viva fuerza, aunque cariñosamente.

Depositado el ataúd en la carroza fúnebre ocuparon los parientes los coches de duelo; los amigos los coches de acompañamiento, y mientras tanto los lacayos colocaban encima del ataúd las innumerables coronas que, como homenaje postrero, consagraban la amistad y el cariño que merecía el difunto.

Partió en seguida la comitiva y aunque el

cementerio no quedaba cerca, nos pareció que llegábamos demasiado pronto, tanta era la sinceridad con que cumplíamos este deber.

Bajaron el ataúd; a pulso lo llevaron hasta la bóveda de la familia y allí, por las manos de los sepultureros, fué a ocupar un sitio entre todos nuestros muertos el abuelo más bueno y más noble que pudo haber existido en toda la vida.

Allí se despidieron todos en silencio y nosotros volvimos a nuestra casa para abandonarnos en familia a nuestro dolor, entre el cariño de todos y el recuerdo del ausente.

## EL REGRESO

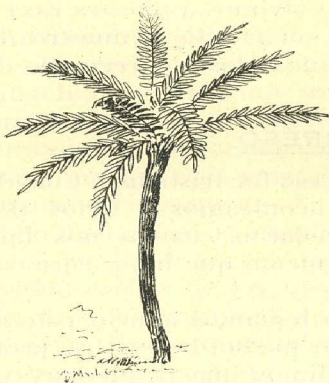
El regreso fué tristísimo. Cuando llegamos a casa encontramos a todos llorando, tal como quedaron cuando nos fuimos, y no pudimos menos que hacer coro con nuestras lágrimas.

¡Ya no teníamos abuelo paterno!

Pero en medio de nuestra profunda pena comprendimos que la que más consuelo necesitaba era la pobre abuelita, y unidos ante la inmensidad de su dolor, más grande que el nuestro, juramos rodearla de nuestra

afección más que nunca para disipar, dentro de lo posible, la desolación que cubría su alma.

*Juan Carlos.*





---

## EL DESERTOR

HABLA ANDRÉS

### EL CONSCRIPTO



Uno de mis hermanos estaba haciendo la conscripción. Aunque pudo haberse exceptuado debido a un defecto físico, no lo quiso así porque se vanagloriaba mucho en poder formar parte un año en las filas del glorioso Ejército Nacional.

Desde su ingreso en el regimiento se distinguía entre sus

camaradas por el entusiasmo con que llevaba el uniforme de la Patria. El celo con que hacía sus saludos y movimientos reglamentarios habían contribuido a que se le conceptuara favorablemente. Por su conducta intachable no se hizo jamás acreedor a la amonestación de sus superiores. Las horas de descanso las aprovechaba en pulir las armas que en sus manos la Patria había depositado, para que las cuidara como se cuida algo santo.

Siempre se le veía con el uniforme ordenado, relucientes los botones de su chaquetilla, limpios los patrios botines. ¡Con qué orgullo desempeñaba la misión que la ley le había impuesto! Saliente siempre el pecho, erguida la cabeza.

Todos estos antecedentes, que enaltecen la foja de un soldado, contribuyeron a que a los cuatro meses de prestar sus servicios le hicieran cabo dragoneante.





## LA DESERCIÓN

Pero entre los conscriptos por lo general hay buenos y malos ciudadanos, y mi querido hermano tuvo la debilidad de rozarse con estos últimos.

La atmósfera infecta le fué pervirtiendo paulatinamente, hasta que llegó el día fatal de la caída. De diversión con otros compañeros, no se presentó a la hora prescrita en el regimiento; dejó pasar luego el día y tras éste, otro y otro, y la pena de recargo iba de mal en peor. Preso del temor del castigo no tuvo la fuerza de voluntad suficiente para presentarse en el cuartel y purgar su falta con la pena que el código le imponía. En estas cavilaciones pasó dos semanas, y como la falta cometida era excesivamente grave, prolongado debía también ser el recargo de servicios y confinamiento.

Entonces resolvió abandonar su tierra y emigrar al extranjero. Su desertión era un pesado golpe que se descargaba sobre nuestra familia, cuya cepa brilló entre el patriciado, cuyos abuelos en cien cruzadas redentoras habían expuesto sus pechos generosos en pro del engrandecimiento nacional a las órdenes de San Martín, de Belgrano y en todas las guerras posteriores.

Aquella fuga contrastaba horriblemente con aquellas condecoraciones de nuestros venerables antepasados, condecoraciones que

sólo podían colgar de su pecho los valientes y los altivos.

Todos los consejos para que se sometiera al castigo fueron inútiles.





## LA DESPEDIDA

Al saber su determinación nos tembló angustiosamente el corazón. A iniciativa espontánea de mi hermanita menor, que separó de su plato una parte de fiambres para el hermano que se iba, todos contribuimos con pequeñas porciones y se las envolvimos para que llevara como estímulo de que en su hogar siempre se le recordaría, así fuera en el rincón más apartado del mundo. ¡Qué momentos amargos aquellos! Mi hermano, desolado por completo, no atinaba a nada, las



lágrimas corrían por sus nublados ojos con la profusión con que corren las corrientes por los ríos; su semblante había tomado la palidez del lirio. Todos, confusamente, lo abrazamos y besamos; todos llorábamos desesperadamente y las palabras cariñosas surgían entrecortadas de nuestros fraternales pechos.

Nuestros heroicos padres, que tanto sabían de amarguras y derrumbes, quisieron conservar imperturbable su serenidad; pero sus besos vibraron sentimentales y en las pocas lágrimas que dejaron escapar de sus venerados ojos, se vieron volcados los dolores más profundos. Yo cargué con su equipaje y le acompañé hasta la estación, dondo yo mismo saqué el billete. Al darle el último abrazo deposité en su tembloroso pecho los retratos de mis padres.

Agachada la cabeza, visiblemente húmedos los ojos, se instaló en un asiento y volviendo la vista dirigió una lánguida mirada a Buenos Aires, su cuna, a la que quién sabe cuándo volvería a ver.

Al volver a casa, mi respetable padre nos habló del tenor siguiente:

## LA UNIÓN ES LA FUERZA

Hijos míos : Roguemos al Señor por el expatriado y hagamos que nuestros corazones no lo olviden en ningún instante. Unámonos



todos para ayudarle y pensemos que mientras nosotros nos cobijamos bajo un seguro techo ante las tempestades de la vida, él tiene que luchar solo con ellas.

Cuenta la leyenda, que hubo una vez un viejo leñador que tenía siete robustos hijos que, a causa de la desinteligencia que entre ellos existía, formaban el tormento de su quebrantada vejez.

Un día, a la sombra de un corpulento árbol los reunió a los siete y les presentó siete varas que tenía en la diestra, hablando así:

— ¿Quién de vosotros se anima a quebrar las varas ?

Todos hicieron la prueba, infructuosamente. Entonces, el viejo leñador las fué rompiendo una por una hasta concluir con todas.

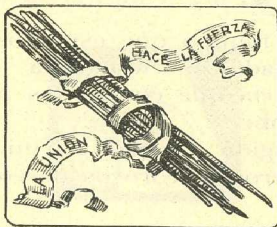
— ¡Qué gracia! ¡qué gracia! — balbucearon los mancebos — en esa forma también podríamos romperlas nosotros.

Entonces el viejo leñador, con tono severo, les dijo:

— Así como las varas, hijos míos, sois vosotros; separados será fácil de que se os venza, unidos seréis fuertes como las varas y ninguna fuerza os vencerá.

Hijos míos: reflexionad los consejos del anciano labrador y decidme si unidos no nos será más fácil cumplir la sagrada misión que el amor nos confía hacia vuestro hermano.

Así terminó mi buen padre y todos asentimos en una exclamación espontánea de unirnos eternamente.







## UNA CARTA

Ya hacía tiempo que esperábamos noticias del fugado querido hasta que, al fin, llegó una carta que conocimos por la caligrafía del sobre.

Venía dirigida a papá y tuvimos que apaciguar nuestros fervorosos deseos por ente-



rarnos de su contenido, hasta su llegada. Sólo pudimos enterarnos, con gran satisfacción por nuestra parte, que el sello del franqueo era brasileño.

Los minutos nos parecían más prolongados que nunca, los llevábamos contados. Al cabo sonó el timbre y papá se presentó.

Le hicimos entrega de la correspondencia, la que leyó para sí; luego la entregó a mi hermana mayor para que la leyera en alta voz. Nosotros comprendimos en el acto que buenas debían ser las noticias, porque así lo notamos en el semblante de nuestro padre.

La esquila decía:

“Uruguayana, 17 de enero de 1909.

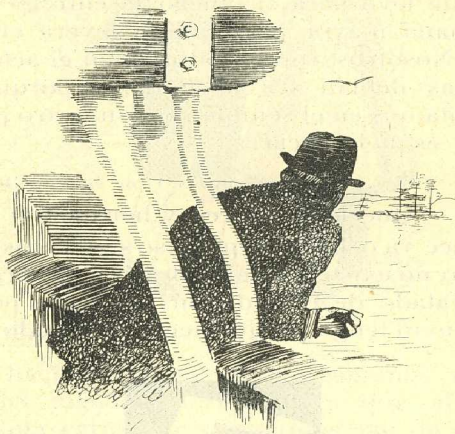
Queridos padres y hermanos:

Hace ya ocho días que piso suelo brasileño. Como no existe entre el Brasil y la Argentina tratado de extradición, no corro peligro alguno ni tengo porqué negar mi estado civil.



## EN VAPOR

En Gualeguaychú abandoné el ferrocarril,  
pues temí viajar tanto tiempo por territorio

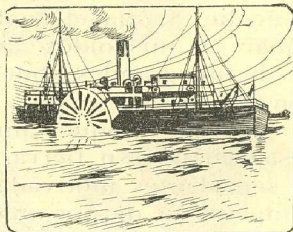


argentino. A las dos de la madrugada me  
embarqué en un vapor que llegaba hasta el

Salto, en la República Oriental. El Uruguay descansaba majestuoso sobre su lecho de piedra y a sus orillas se extendían, como verdes coronas, cipreses y cinacinas.

El viaje fué mortificante. La Patria que dejaba, el hogar al calor de cuyos afectos me había criado, mi uniforme abandonado, mis amigos, eran crueles pesadillas que absorbían mi excitado pensamiento, pensamiento que no me dejó cerrar los párpados en toda la noche. Sentía el anatema de mi Patria zumbar en mis oídos, las imágenes respetables de mis grandes abuelos erguirse ante mí con los rostros severos. Recordaba sus sanos consejos y aquel amor perenne que le consagraban a su tierra, las cicatrices de sus semblantes motivadas por aquel generoso empeño en darnos una tierra libre y grande; ¡todo, todo se unía para flagelar más duramente mi alma abatida! El cielo estaba apacible, quise posar en él la mirada, pero el rubor me abrasó repentinamente el rostro, porque el cielo era celeste y blanco y me trajo a la memoria los colores sagrados de mi Patria. El vapor seguía su rápida marcha rasgando la tranquila superficie de las aguas. Por fin llegué a Concor-

día. Desde allí transbordé con dirección al Salto que, edificado sobre un poético cerro, presenta un agradable aspecto.





## FUERA DE LA PATRIA

Lancé una fervorosa mirada a las playas entrerrianas, que parecían amarrarme a sus entrañas. Al día siguiente supe que las autoridades argentinas solían pedir permiso y tomar a los delincuentes y decidí llegar hasta Uruguayana, desde cuya ciudad les escribo.

¡Oh, qué triste es vivir lejos de la Patria que afinó los sentimientos, qué ingratas son las horas comparadas con aquellas de felicidad que se viven en el suelo natal!

¡Cómo me arrepiento de mi descabellada ligereza que me prohíbe hoy besar las arrugadas frentes de mis padres y los chispeantes ojos de mis hermanitos! ¡Dichosos los que, rodeados de los suyos no necesitan humillarse para ganarse en tierra extraña el pan de cada día!

¡Ah, mi Patria! ¡Quizá haya otra tierra parecida, pero más hermosa, nunca! ¡Cuántos son mis deseos de volver a mi suelo nativo para contemplar sus llanuras inmensas, sus campos floridos, sus excelsas cumbres! ¡Para mirar como el límpido Plata



le lava los pies con poéticos susurros!  
Por ahora trabajo en una casa de comercio;  
por mí no se aflijan, sólo les pido des-



de el destierro que no me olviden. Estoy  
frente a Paso de los Libres, ciudad co-  
rentina; este histórico nombre, que re-

memora épocas gloriosas y legendarias, me hiere las fibras del corazón. En las horas de descanso me acerco a la costa del imperioso río y contemplo las tierras de mi Patria. Y sólo cuando el sol ya se ha escondido por completo me retiro, triste y cabizbajo.

A veces, cuando de profana boca oigo salir alguna blasfemia estúpida contra mi suelo, tiemblo de ira y, apaciguado, me conformo en decir con Sarmiento: LA BANDERA ARGENTINA, DIOS SEA LOADO, NO HA SIDO JAMÁS ATADA AL CARRO TRIUNFAL DE NINGÚN VENCEDOR DE LA TIERRA.

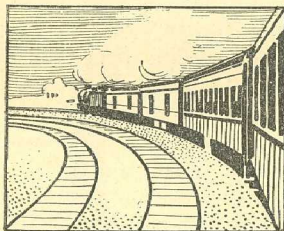
Bueno, adorados míos, en otra les hablaré de las bellezas de estas costas; hoy me es imposible debido a que estoy muy excitado.

Recuerdos a todos mis amigos y ustedes, queridos padres y hermanitos, reciban ardientes besos, etc., etc..."

Así terminaba la nostálgica carta de mi querido hermano. Todos estábamos sumidos en la mayor atención, todos llorábamos chitamente y todos, al terminar la lectura, como movidos por un resorte acudimos a besar a nuestros padres.

Tras ésta recibimos otras muchas cartas en que se reflejaba la angustiada situación de mi hermano, al encontrarse tan lejos de su cuna.

Nosotros no le olvidábamos en ningún momento, le mandábamos los diarios, las revistas ilustradas y todo aquello que le pudiera distraer en su alejamiento.



## LA AMNISTÍA

Una gran fiesta de la Patria se acercaba\*. Iba a ser celebrada en toda la República al compás de dianas triunfales y de clarines de gloria. Todos sus hijos se preparaban, con alegría, para la gran conmemoración; nuestra familia pensaba tristemente en el ser querido que tan lejos estaba.



Una tarde papá llegó a casa antes de la hora de costumbre; apresurado besó a mi madre y ebrio de júbilo, exclamó: “Una gran noticia os traigo: Ha sido decretada una ley de amnistía mediante la cual todos los argentinos que, por faltas cometidas en el servicio militar hayan emigrado, pueden regresar a su Patria. Conque así, en el día grandioso de nuestra raza tendremos junto

\* El manuscrito está confuso y faltan palabras en este punto; no puede el Autor precisar qué fiesta era; presume fuese el Centenario de la Revolución, aceptando mayor longevidad de los abuelos.

a nosotros a nuestro querido hijo". Yo nunca vi llorar con tanta alegría en mi hogar. La vuelta del desertor venía a despejar la tristeza que durante tantos meses había pesado sobre aquella casa.





## REDIMIDO

Mi hermano volvió entonces y pudimos ver en él todo un hombre grave, melancólico. Besos, abrazos, vivas, todo se oyó a su llegada.



En los festejos patrios concurrió a todos: formó en las manifestaciones y vivó a pulmón lleno a los hombres que se sacrificaron en holocausto de la libertad. Luego ingresó en el ejército como voluntario y estuvo allí tres años, llegando al grado de suboficial.

Así pagó mi hermano, voluntariamente, aquel error cometido, que tanto hizo sufrir a nuestra familia.

Una noche, después de haberse retirado de las filas, delirando, balbuceó en la puerta del cuartel:

“¿Patria, me perdonas? ¿Y vosotros, abuelitos?”

Y entonces sucedió una cosa extraña; entre las sombras surgió la persona de mi padre. “Sí, hijo, estás perdonado, le dijo, el dolor, el arrepentimiento y la reparación de tu falta, con el servicio militar que has hecho, te han purificado.”

*Andrés.*



---

## EL PERRO DE VICENTITO

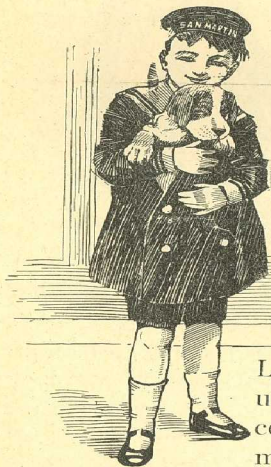
HABLA OCTAVIO

### LEÓN

Así como en nuestro hogar hubo una muñeca muy rara, tuvimos también un perro que, por su despierta inteligencia y apego, mereció nuestros cariños.

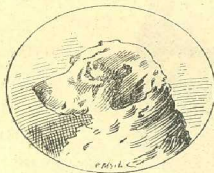
Como otras muchas familias, la nuestra tuvo un noble can que llamábamos *León*, por la semejanza que tenía con dicho salvaje animal.

*León* era majestuoso, de una estatura de sesenta centímetros, de patas firmes y bien formadas, de un exterior lanudo de color de oro brillan-



te, y con especialidad unas largas orejas y dos espléndidos ojos que herían la vista del que se obstinaba en mirarlos fijamente.

Desde chico lo habían criado mis hermanos mayores. Un domingo que salieron de mañana a dar un paseo, lo habían encontrado acurrucado y tiritando de frío en la puerta de una casa.







## LOS CELOS

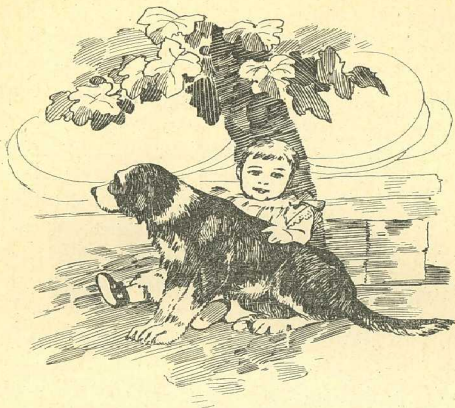
Al poco tiempo el pobre animal ya estaba repuesto, y en prueba de gratitud lamía la mano a todos sus protectores. Desde un principio se vió en él un can inteligente. No molestaba en lo más mínimo, si se exceptúa a *mamá Petrona*, que de puro melindrosa, aseguraba que en sus momentos de



distracción se le prendía impertinente de las faldas. Pero con todo, adoraba al animal y era capaz de sacarse los bocados de la boca por concedérselos a León, aunque al querido León nunca le faltaron apetitosos sobrantes de la mesa.

Luego que dejó el biberón, León, a semejanza de los niños que se ponen pantalones largos, se creyó ya más lleno de obligaciones y se hizo un respetable guardián. León nos quería a todos indistintamente, pero con especialidad dedicaba sus celosos cuidados a Vicentito, que por aquellos años era el Benjamín de la familia.





### BAJO LA HIGUERA

Solían en verano, de mañana, bajo una corpulenta higuera, extender en el suelo una manta sobre la cual sentaban a Vicentito para que tomara el purificador aire de las primeras horas.

Entonces contemplábamos el cuadro más hermoso. León, alta la majestuosa cabeza, desconfiados los vidriosos ojos, se echaba

a su lado, como un soldado valiente se cuadra al pie de su bandera para defenderla de cualquier ultraje.

¡Guay! entonces del que quisiera acercarse a Vicentito; la menor tentativa hacía refunfuñar al fiel animal, en señal de aviso. Sólo mamá o papá podían acercarse, y entonces León se levantaba triste y comenzaba a mover nerviosamente su larga cola.

Una vez *mamá Petrona*, que se había empeñado en no aceptar los innegables méritos de León, porque creía que el cariño que conquistaba de nosotros era cariño que le robaba a ella, apostó a que quitaba a Vicentito de su lado sin que el animal hiciera el menor movimiento.

Y era tan atrevida, que se animó a ello.





## LA DEFENSA

¡Qué momento aquel, qué amargo y qué sublime a la vez!

Primero León gruñó; pero al notar que *mamá Petrona* persistía en su resolución, se levantó presto y como lo hubiera hecho una fiera a quien le roban su cachorro, se

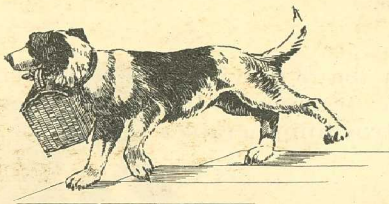


abalanzó a la impertinente cocinera destrozándole a mordiscos las faldas ciego de ira, que a duras penas pudo aplacar mamá con repetidos y autoritarios gritos.

*Mamá Petrona* cambió de color, y de sus huesudos brazos, cubiertos de rasguños, brotaban algunas gotitas de sangre. Por suerte que las consecuencias no fueron más graves; y el chasco aquel se convirtió en una pantomima cuando *mamá Petrona* ya repuesta, con acento encolerizado comenzó a protestar contra León que le había hecho jirones su vestido recientemente estrenado. Mamá, en medio de las risas, le prometió regalarle otro, y este ofrecimiento pudo calmar los ánimos de la vieja criada.







### A SU PUESTO

Raúl, el Benjamín segundo, había mejorado de una contagiosa enfermedad y pensaron colocarlo junto a Vicentito bajo la vetusta higuera. Así lo hicieron, pero fué un trabajo inútil, porque León en un descuido de los de casa le tomó de las ropas con sus fuertes dientes y lo llevó a su camita. ¡Al lado de Vicentito no quería a nadie, el noble animal! Había que verle: qué miradas de satisfacción lanzaban sus imperturbables ojos, cuando Vicentito le tiraba de sus caídas orejas y le pegaba con sus breves y sonrosados piecitos; había que verle lamer las palmas de sus deliciosas manitas.

Pero aquellas horas pasaron para León. El

invierno llegó con sus fríos y Vicentito no fué colocado más en camisita bajo la elevada higuera.

\*  
\* \*

León iba y volvía de la carnicería con la canasta; traía en su boca los diarios y prestaba otros innumerables servicios.





## LA PERRERA

Una mañana estábamos sentados en el corredor, alrededor de mamá, cuando una gritería infernal de peleadores cuzcos llegó hasta nuestros oídos.

León, que era de un espíritu pacificador, salió con tal motivo a la calle, pero lo hizo con tan mala suerte que no bien hubo asoma-

do las narices a ella, fué atrapado por los guardianes de la perrera\*.

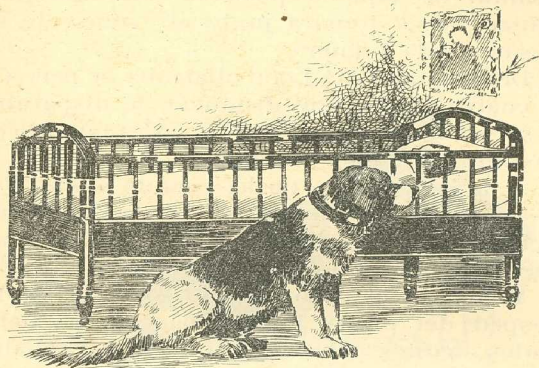
¡Qué momento de desolación! No sabíamos qué hacer; sólo mamá, mis hermanitos menores y yo estábamos en casa; con *mamá Petrona* no había que contar; con nadie, pues la criada, presa de un hondo sentimiento, había perdido los sentidos y no atinaba a nada.

Vicentito lloraba desesperadamente. Su León querido no le acompañaría más; qué malos eran aquellos hombres, si se lo hubieran pedido prestado no se hubiera opuesto, qué malos, qué malos, decía con palabras entrecortadas debido a su edad.

Por suerte llegó en esos momentos nuestro tío Ricardo, quien nos prometió traernos a León. Y efectivamente; cumplió su promesa.

¡Qué júbilo, qué alegría! aquello era un bochinche, mis hermanos parecían unos pajaritos puestos en una inmensa pajarera.

\*El original está confuso, quizás dijera *mataperros*, que así llamábanse antes los que destruían los perros de la ciudad. El Autor ha dado a la frase la actualidad que tiene, como en muchos otros pasajes de este libro, para hacer más accesible al lector joven su comprensión.



## PATENTADO

El fiel animal entró triunfante, brincando como un desaforado, saltaba por todas las camas. Todos le seguíamos con la vista. Vicentito, cansado de tanto llorar, se había quedado dormido.

León lo halló por fin, osó saltar a su lecho, pero al verlo dormido tan santamente no quiso perturbar su sueño.



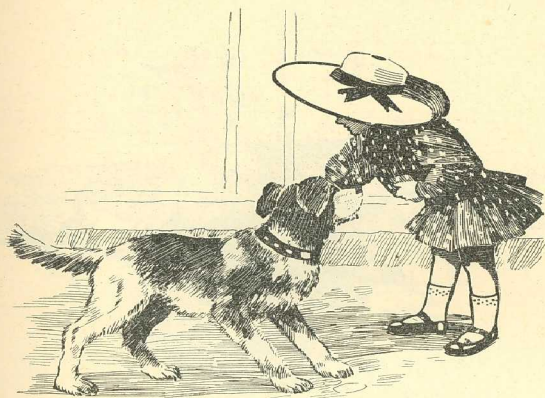
Entonces se echó al pie de su camita usando de aquella posición soberbia que tantas veces tomara junto al tronco de la desarrollada higuera.

Desde aquel día León olfateaba la perrera a cuatro cuabras de distancia, le disparaba y se escondía en su cucha. ¡Era tan fino el instinto de aquel animal!

A la caída de la tarde, cuando *mamá Petrona* salía de paseo con Vicentito, León, debidamente patentado, los acompañaba también, siempre celoso, siempre fiel.

Y cuando el niño, echado sobre el verde césped del paseo, jugueteaba con sus delicados deditos con algún objeto, se echaba a su lado, la mirada fija en los transeuntes.





### NO LE TOQUE NADIE

Eran tan hermosas las facciones de Vicentito, que las respetables ancianas y las risueñas señoritas que a su lado pasaban, se sentían tentadas muchas veces a acariciarlo; pero sus intenciones se veían frustradas ante los gruñidos del buen León.

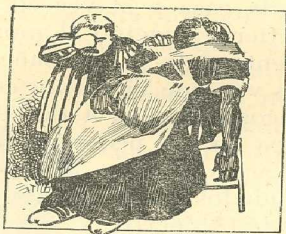


## LA HIDROFOBIA

Una mañana León apareció rabioso y todos los procedimientos, inclusive el de Pasteur, fueron inútiles para su salvación. El perro tenía que ser sacrificado para que no hiciera daño a nadie.

Papá, para evitarnos aquel cuadro doloroso, nos mandó a todos que saliéramos de

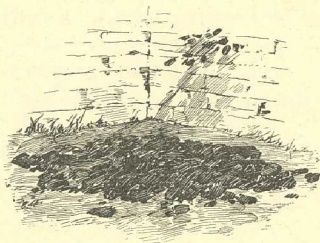
casa; y de vuelta, al saber la funesta noticia de su cruel sacrificio, por nuestras mejillas corrieron bastantes lágrimas.



## LA TUMBA DE LEÓN

Vicentito cayó en cama enfermito de pena, y *mamá Petrona* que, con papá fué la única que asistió al espectáculo, no sabía lo que hacía. Cuando Vicentito ya repuesto abandonó su cunita, su primer acto fué recorrer el fondo de la casa y al ver en un rincón removida la tierra imaginó al momento que allí estaba enterrado su compañero; entonces pudimos ver que Vicentito, en las horas en que se acostumbraba a dar de comer a León, llevaba en sus pequeñas manitas pedacitos de carne y otros alimentos y los colocaba cuidadosamente al lado de la sepultura del noble perro.

*Octavio.*





---

## EL PRIMER DIENTE

HABLA JORGE

### VENGA ESA CARTA

Estábamos conversando, con aquella falta de alegres expansiones, que la muerte de un tío nuestro había producido en nuestra casa, cuando mamá recibió una carta que contenía una gran sorpresa:



faltar. Besos de

“ Queridos padres :

María Luisa deja ver su primer diente; les esperamos, no vayan a

MARÍA INÉS Y FERNANDO.”

Razonablemente aquel luto que entristecía nuestras fisonomías se fué despejando y las lágrimas, mezcladas con sonrisas, no tardaron en dejarse ver.

Una vez concluidos los quehaceres domésticos, empezamos a vestirnos, deseosos de llegar al hogar de nuestros queridos hermanos para contemplar a la señorita María Luisa, título que bien merecía desde el momento en que ya podría destrozar los alimentos con su dentadura sin necesidad de que su mamita tuviera que estarle sosteniendo el chupón en la boca.

¡Oh qué mordisco debía de dar nuestra sobrinita, qué chiquitín debía ser el diente, qué de tiempo le debía llevar ante el espejo durante su limpieza!

Sería necesario llevarle las pastas de tocador acompañadas de dos cepillitos... ¡Cuántas cosas imaginaron nuestras mentes! ¡Qué de niñerías decíamos y nos creíamos,



mos, sin embargo, caballeros respetables!

Por fin salimos, nos parecía que el carruaje marchaba muy lento, que todo obstaculizaba el camino, ¡qué eran unos Perezosos los caballos! y así entre impacientes rezongos llegamos al fin.



### TODOS AL ASALTO

María Luisa, en camisita celeste con encajes blancos, estaba sentada en su camita recientemente inaugurada. Entramos en tropel. Como mamá llevaba la delantera fué la que depositó el primer beso en el rostro de su nietecita, la que, muy complacida, aceptaba también los nuestros.

## MORDIDO

Vicentito, que siempre tenía que hacer de las suyas, lanzó al besarla un grito que verdaderamente nos alarmó, pero nos hizo reír mucho al ser reprendido por papá. — ¡Pero qué chica cruel; si debía ser yo la víctima de su primer mordisco! — exclamó simulando llorar y enseñando en un cachete de la cara una ocurrente roncha que se había hecho con tinta roja.

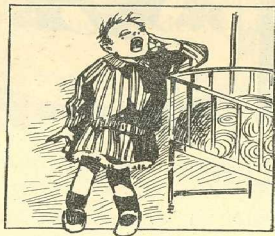
¡Qué hermosa estaba con sus vivos ojitos pardos, su cabellera rubia y sus manitas blancas!

Todos le quitábamos la mano de la boca cuando a ella la llevaba; ¡cómo que la inocente no calculaba que se podía hacer daño con el diente!

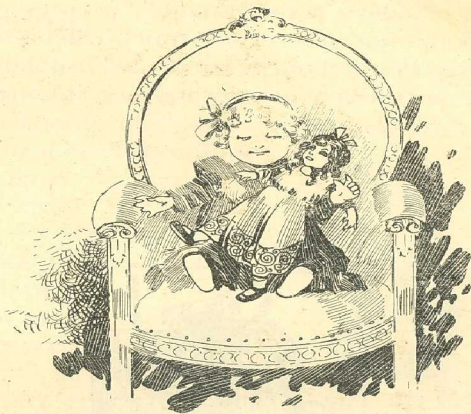
María Inés estaba loca de alegría; con



decirles que ni se acordó de besarnos a varios de nosotros: ¡se lo echamos en cara con verdadero resentimiento; pero es claro no podíamos alterarnos mucho delante de su hija, la que podría en su defensa lanzarse de la cunita y mordernos horriblemente!







## EL REGALITO

Octavio fué el encargado de entregarle una muñeca, a cuya compra todos habíamos contribuido con el dinero de nuestras alcancías. Debes cuidar muy bien, sobrinita, de la muñeca que te regalamos; y en primer lugar vestirla ricamente, cosa que te será fácil, puesto que puedes cortar el hilo de coser con el miembro bucal que te ha

aparecido. Así hizo la entrega Octavito, y todos afirmamos con nuestras cabezas que esos eran nuestros deseos. ¡Qué de niñerías! ¡Cómo hicimos reír a nuestros padres! los que no dejaban de examinar el diente de su nietecita. Nosotros, es claro que no nos hastiábamos de curiosear también, aunque sí a una distancia razonable.

Entre ocurrencias tan entretenidas pasamos la tarde hasta llegar la hora de la cena. En ella todos nos apresuramos a ofrecer nuestros primeros bocados a María Luisa, la que, coquetamente, desdeñaba nuestros ofrecimientos.

Cuando de vuelta a casa nos acostamos lo hicimos con el pensamiento fijo en el dientecito, el que también se nos presentó en sueños dando mordiscos y más mordiscos, los que a veces nos hacían despertar sobresaltados.



## LA NUEVA VIDA

Aquel comienzo de una existencia nueva en nuestra familia fué el principio de una era de alegría para nuestro hogar : los crespones que cubrían retratos, chucherías y muebles por la desaparición de nuestro tío, fueron sacados y la casa volvió a recobrar su aspecto alegre y bullicioso poco a poco, llegando a su máxima bienandanza un día que vimos entrar a María Luisa con sus padres, dando tumbos sobre sus piernitas, pero caminando ya sin andador por cuenta propia, estrujando entre sus bracitos la muñeca que Octavito le había llevado.



*Jorge.*

---

## NAVIDAD—AÑO NUEVO—REYES

HABLA JUAN CARLOS



Nada me fué nunca más fácil recordar que los sueños de la infancia; y, sobre todo, ninguno de los ratos de alborozo me han quedado tan grabados como aquellos que, en compañía de los míos disfruté en los días de Navidad, Año Nuevo y Reyes; porque era en estos festejos cuando más desbordado de alegrías se veía nuestro hogar.





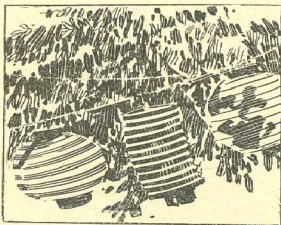
## 25 DE DICIEMBRE

Nos habían contado nuestros abuelitos, que un 25 de diciembre había nacido en un establo un niño de finos y ensortijados cabellos que se llamó Jesús; y que más tarde fué muy cariñoso con los hombres y, especialmente, con los niños.

Hablando sinceramente, nosotros, aun muy



pequeños, teníamos una idea muy vaga del hermoso niño; y si esperábamos tan ansiosos el día ése, era para satisfacer aquellos deseos de vernos poseedores de los múltiples y variados juguetes con que nuestros generosos padres nos obsequiaban en tales conmemoraciones. Había en casa una gran pajarera que siempre tuvo un centenar de gorjeadorasavecillas cuidadas con cariño y esmero. En medio de esa pajarera había colocado papá un robusto pino artificial, de cuyas ramas colgaban un sin fin de lucecitas de bengala y de lamparillas multicolores en los días aquellos.



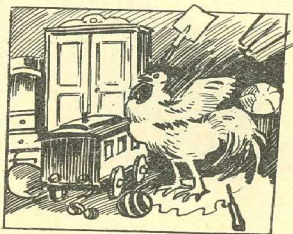


## EL ÁRBOL DE NAVIDAD

Antes, muchos días antes del de la fiesta, nuestras fantasías infantiles ya imaginaban un árbol pronto a ceder al peso de los juguetes y de las repletas bomboneras. Soldaditos, pastorcitos como los de Belén, tambores, clarines, muñequitas, objetos todos

baratos, pero que calmaban aquellas ansias que habían despertado los iluminados escaparates de las jugueterías del barrio.

Todos aguardábamos impacientes aquel bendito día, como el soldado valeroso espera el llamamiento de la Patria para lanzarse a la pelea; sí, como los soldados valerosos, porque al acercarse aquella entusiasta fiesta, en sueños nos creíamos unos bravos granaderos enarbolando corvos sables y destrozando todo lo que a nuestro paso se oponía, mientras la voz agonizante de un compañero de lucha exclamaba ebrio de coraje y amor: ¡Viva mi Patria, aunque yo perezca! Todos los cajones cerrados que en esos días llegaban, se nos imaginaban como novedosos presentes, aunque, por lo general, eran artículos de otro género cualquiera.



## EL CURIOSILLO

A la llegada de papá todos acudíamos a ver lo que traía, ¡mas era tan reservado!... pero, sin embargo, Vicentito, el más pequeño y atrevido, porque le toleraban ciertas cosas, en acecho esperaba la entrada de nuestros padres al dormitorio y atisbaba por la abertura de la puerta, y solía ver bultos pequeños que nuestro buen padre sacaba de sus bolsillos y escondía en el ropero, y como es natural, todo esto lo sabíamos los demás, porque una vez satisfecha la curiosidad de Vicentito, todo sofocado de alegría se apresuraba a relatarlo que veía en frases que, si bien





no comprendíamos del todo, las adivinábamos en las expresiones glotonas de sus negros ojos.

Y por la noche volvían a apoderarse de los dulces sueños de nuestras mentes los envoltorios que tan ocultos traía papá, las mil maravillas que encerrarían.

Por fin, al cabo de tantos sueños y acechos llegaba el día de la fiesta, resplandeciente de luz y de esperanzas.

Al levantarnos lo hacíamos con modestos trajecitos, porque, según la opinión de mamá, era muy triste que vistiéramos con las mejores ropas en un día en que vendría un grupo de amiguitos pobres, que no podían hacerlo como nosotros.

La mañana pasaba tan lentamente... nos parecían tan largas aquellas horas...







## NUESTROS AMICUITOS

Al fin llegaba el momento, estaban allí presentes: Paquín, el hijo del carbonero; Garabatito, el hijo de nuestra lavandera, cuyo sobrenombre lo debía a su porfiado afán de garabatear todos los útiles escolares; Ernesto, hijo del almacenero de la esquina; Luisito, único tesoro de una laboriosa viuda que cosía y planchaba para el vecindario;

Pichin, pillo de siete suelas, inteligente y estudioso, pero que tenía la monomanía de hacernos reír en clase con sus ocurrencias y sus gestos; Elvira, hermanita de Paquín, el hijo del carbonero; Esther, una niña muy coqueta que le daba por hacer de mamá entre sus compañeritas y que andaba siempre con modestos, pero muy aseados vestiditos; Mechita, de nacionalidad, italiana, que sufría la fractura de un bracito a consecuencia de una travesura; la Muñeca, calificativo con que justicieramente llamábamos a una hermosa chicuela que apenas cifraba en los dos años, y muchos otros chiquillos de la vecindad, compañeros nuestros de colegio.

Nosotros devorábamos con los ojos la encantada pajarera que, cubierta con un paño, nos prohibía ver los objetos.



## PRESIDIENDO LA FIESTA

Mientras vivieron nuestros abuelos, hacían siempre acto de presencia y presidían aquellos actos bulliciosos y alegres.



Nuestros abuelos salían de sus callados aposentos y se sentaban en el corredor en sus vetustos sillones. Se notaban en sus semblantes miradas cariñosas y de satisfacción.

Mamá, papá y nuestros hermanos mayores estaban a su lado.

Cuando nuestros abuelos abandonaron este mundo, nuestros padres y tíos repetían anualmente la precio-

sa fiesta infantil.

Nosotros, mezclados varones con muje-

res, formábamos una larga fila. ¡Inútil hubiera sido quererla hacer correcta, tan desatinada sería esta idea como la de esperar que una bandada de aves acabadas de poner en libertad se elevaran a los cielos en línea recta!

Apenas si podíamos acallar nuestro cuchicheo; no era de nuestro ánimo hacerlo, sino que veíamos que al no guardar silencio, más prolongada se haría la repartición de los juguetes.

Estábamos impacientes, y notando esto nuestro padre, tomaba una punta de la funda que cubría la gran jaula y nos hablaba así:

Es tradicional en nuestra familia la celebración de la Navidad, por eso os obsequio, hijos míos, con esta fiesta. Pasaréis en fila y con juicio a recibir vuestro regalo, besando, al pasar, con vuestros tiernos labios, las canas cabezas de vuestros mayores. Cumplida la misión que os impongo, podréis romper filas.





## CAYÓ EL VELO

Nuestro padre tiraba del manto que cubría la pajarera, y un espléndido cuadro se presentaba a nuestra vista; mucho más encantador que el que nuestras imaginaciones habían soñado.

Recogíamos respetuosos lo que nuestros padres nos extendían y religiosamente depositábamos los besos en las cabelleras de nuestros adorados abuelitos mientras vivieron; después de su muerte la ceremonia efectuábase en la frente de nuestros ancianos tíos.

Era aquello en el primer momento algo solemne; las lágrimas plateadas que corrían





por las arrugadas mejillas de los viejos, las sonrisas que en nuestros carmíneos labios temblaban, las miradas amorosas de nuestros padres, todo contribuía a la construcción de un cuadro enternecedor.

## EL COMBATE

¡Que de hermosas novedades! Sables, pistolas, bayonetas, soldaditos trepando un cerco, que traía a nuestra memoria el glorioso Ejército de los Andes en las cuevas de Chacabuco; abanicos, quepis, banderitas celestes y blancas, bomboneras, dulces, turrónes... ¡la mar! y a todos nos tocaba buena parte.

Una vez despachadas las filas, se rompían con suma rapidez.

¡Viva la Patria! ¡Viva Navidad! ¡Viva el Hogar! ¡Vivan los ancianos! ¡Viva todo el mundo!...

Gritos todos nacidos de nuestras entusiasmadas almas.

Machetes que se desenvainan, pistolas con cebos que hacen estampidos, banderas que flamean. ¡Todo un alboroto! Las niñas, temerosas de nuestros atropellos, se habían

retirado de la gran batalla y acariciaban a sus pequeñas muñecas. Y nosotros, hechos unos bizarros hijos de la Patria, seguíamos atacando incesantes a los infames enemigos que no sabían que antes de ofender a nuestra bandera debían pisotear nuestros cadá-

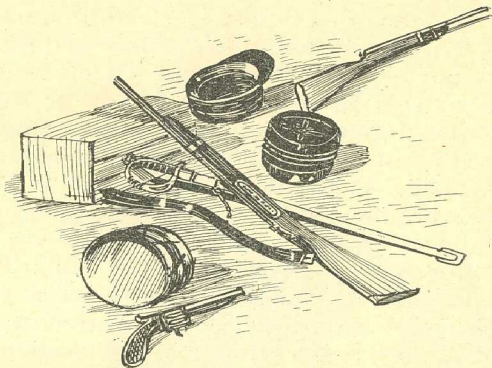


veres. Y ¡pum! ¡pum! ¡zas! ¡tras! ¡taritatiii!  
¡Clarines y trompetas y dianas triunfales!  
¡descargas y sablazos y ataques a bayoneta  
calada, y todo al aire, avances contra nues-  
tras propias sombras. De vez en cuando un  
grito alentador del diablo de Pichín, que ha-

biéndosele cortado los tirantes se sostenía los calzones con una mano y con la otra enarbolaba el corvo sable: ¡ Adelante, muchachos, que la Patria nos bendice! ¡ terminemos con esas hordas de bandidos!, nos gritaba. Y todo por el estilo hasta que, en el tumulto se oyó casi imperceptible la voz de mi padre que imponía silencio. Todos callamos, sólo Pichín siguió enfurecido repartiendo puñetazos, y al notar que estaba solo nos miró con una mirada en que relampagueaba el odio al enemigo de la Patria y con altivez nos gritó: “¿ Me abandonáis, cobardes?” Y antes de terminar la exclamación ya se reía, como solía hacerlo comúnmente.

Mi padre había meditado que podían degenerar en algo malo aquellas exaltaciones y resolvió poner fin al combate. Vinieron luego las carcajadas que a tales ocurrencias siguen.





## EL CAMPO DE BATALLA

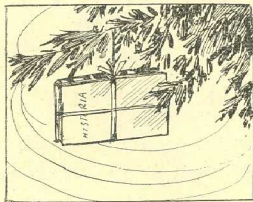
Por el suelo se veían instrumentos de guerra, trompetas, clarines, bayonetas, quepis, mochilas, etc.

¡Qué alegría! Aquello era un divino coloquio que nos abría el apetito, por lo cual comenzábamos a reñir enfurecidamente con las masitas y bombones.

Sobre el árbol de pino estaba el premio de Navidad, con que obsequiaba mi padre todos

los años a los estudiantes del barrio y que consistía en una *Historia Argentina*, valiosamente encuadernada, que encerraba muy lindas cosas referentes a la gran Estirpe Argentina.

Todos hubiéramos deseado poseerla, pero el premio era para el que durante el año escolar había obtenido mejores clasificaciones en el colegio a que íbamos nosotros. Paquin fué el afortunado aquel año, y, pobre, ¡se lo merecía! Atendía el negocio, le enseñaba a deletrear a su hermanita y todavía ocupaba el primer puesto entre cuarenta condiscípulos.







### EL PREMIO AL ESTUDIO

La entrega del gran premio era más ceremoniosa, la hacía la persona mayor de la casa.

El premiado se acercaba al anciano con la cabeza agachada y recibía el libro con las siguientes palabras :

“Sirvate de estímulo, hijo mío, y que aprendas las glorias elevadas de tu Patria. Sigue la ruta que has emprendido y cuando un día hagas honor a la cuna en que has nacido, acuérdate de este anciano que más sabe por viejo que por sabio.

Los que se proponen llegar llegan, tarde o temprano; los que nunca arriban son los incrédulos del esfuerzo propio.”

Todos hubiéramos deseado ser los merecedores de aquel elogio; pero no por eso tuvimos sentimientos mezquinos con nuestro compañero, al que vivamos con todas las fuerzas y felicitamos con la sinceridad de nuestros años.



## LAS MAMÁS

La fiesta tocaba a su término. Los héroes habíamos sido los varones; las niñas se habían entretenido en cantarles “arrrró, arrró” a sus muñequitas a las que, con acento austeramente maternal, les llamaban “hijita mía, único tesoro” y mil otras monerías que tan bien sabía imitar Pichín.

Después de los saludos y los besos de costumbre y acompañar hasta la puerta de la calle a nuestros amiguitos, nos íbamos derecho a la cama la que, extrañada de nuestra tardanza, parecía decirnos: “¡Disipados!”

Al desvestirnos, el más escrupuloso era Vicentito que, al quedarse en paños menores, comenzaba a hacer un prolijo examen de su cuerpo.



## LAS HERIDAS

—¿Qué haces, Vicentito,— le preguntamos un día,— a lo que con mucha diplomacia contestó, dando un tono imperioso a sus palabras :

—Nada, mirando si el arma de algún enemigo me ha causado rasguñones o heridas.

Todos festejamos con una carcajada aquella exquisita ocurrencia. Y mientras el timbre de nuestras risas se perdía en el espacio, quedamos dormidos...



## AÑO NUEVO

---

### SOBRESALTADOS

Aun bullían en nuestras cabezas los pistoletazos y vivas del veinticinco, cuando nuestros sueños eran perturbados por los infernales silbidos de los pitos de las fábricas.

Los silbatos eran el saludo tradicional al advenimiento del Año Nuevo.

En las calles se oía el continuo ir y venir de la juventud, toda entusiasta, riendo a pulmón lleno, libre de amarguras. Los coches de alquiler, cargados de alegres jóvenes; los tranvías de aquí para allá; todo contribuía a hacer más tumultuosa la ciudad, impidiendo por tal causa que nuestros párpados volvieran a cerrarse. Paulatinamente el movimiento iba languideciendo hasta hacerse casi imperceptible, y, posesionándose nuevamente el sueño de nosotros, nos



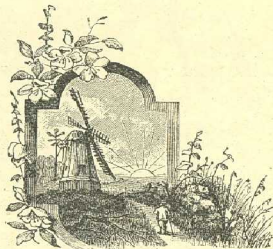
sumíamos en deliciosos pensamientos. Soñá-



bamos con un viejecito delgado que llevaba sobre el hombro una filosa guadaña, todo en-

corvado y descubiertas las pantorrillas, cruzando un terreno pedregoso. Ese viejo simbolizaba el año que se iba.

Realmente el primer día del año nos parecía más hermoso que los comunes : algo resplandecía en nuestro hogar, más apacibles los rayos solares, más descargada la atmósfera, más fresco el aire matutino, más risueño el cielo, más agradable los cánticos de las piadosas avecillas, más felicidad ; todo más grato era en esos días.



## DULCE DESPERTAR

Haciendo honor a la fecha, por una excepción, en vez de levantarnos a las seis, como era norma, nos echábamos de la cama a las cinco e íbamos a sorprender con nuestros ardientes besos a nuestros abuelitos, tíos y padres.



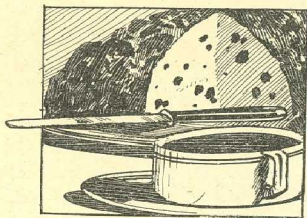
¡Con qué cautela nos vestíamos en esas mañanas; calladitos, temerosos de que nuestros planes se descubrieran!

Andábamos en punta de pies, echando ojeadas al travieso de Vicentito mientras fué chiquilín, pues si nos notaba era muy capaz de echar a perder nuestras precauciones con sus infantiles e incesantes preguntas.

Luego de haber hecho los preparativos del caso, nos acercábamos lo más despacito que podíamos a los lechos de nuestros mayores, aguantando nuestra respiración hasta que cerca de ellos los sorprendíamos con besos y más besos acompañados de fervientes augurios. ¡Cien años de vida y de felicidad!

Y así recorriamos las habitaciones hasta volver al lado de nuestros padres esperando la repartición de los juguetes y dulces.

Pero papá se hacía el desentendido y como nos habían enseñado a no mortificar con pedidos a las personas mayores, no



teníamos otro remedio que esperar que a él se le ocurriera hacer los donativos.

Pasábamos, cuando nos llamaban, al comedor a desayunarnos con chocolate y pedazos de pan

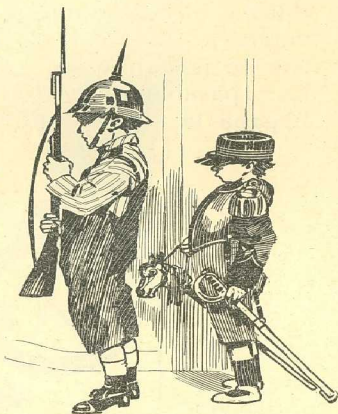
dulce, al que teníamos derecho de repetición, siempre que no lo hiciéramos con grosería.



## LAS SORPRESAS

En un momento en que creía papá que no veíamos sus movimientos, se ausentaba para volver a aparecer ¡entonces cargado de envoltorios, que si bien no eran tan abundantes como en Navidad, no dejaban de ser de importancia!

— ¡Ea, para ti, Vicentito!... ¡toma, tú, pilluelo!... ¡esto para María Inés!... y todos éramos obsequiados. Los desenvolvíamos con tal presteza que cualquiera hubiera imaginado mil destro-



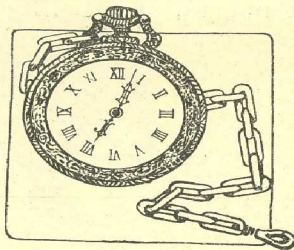
zos; pero nuestros dedos eran lo suficientemente hábiles para no dañar en lo más mínimo los valiosos regalitos de nuestros buenos padres, los que, concedores inge-



niosos de nuestros gustos, nos sorprendían con los objetos de nuestra preferencia.

A María Luisa, un costurero; a mí, un reloj; a Raúl, un portaplumas con tinta, y todo por el estilo...

Mientras examinábamos nuestros regalos, yo mirando el reloj treinta veces en un minuto y ofreciéndome a todo el mundo para enterarle de la hora; Raúl garabateando con su portaplumas cuanto papel encontraba... pasábamos entretenidos la mañana y llegaba la hora del almuerzo.





## EL ALMUERZO

El almuerzo era la nota culminante del día, porque reunía a nuestra numerosa familia alrededor de la mesa.

La comida era muy sencilla, muy familiar, y por eso reinaba en su seno la más tran-

quila calma; conversaciones afectuosas que, según el giro, eran acompañadas de lágrimas sinceras recordando a los muertos y ausentes. Los abuelos ocupaban la cabecera de la gran mesa mientras vivieron; después fueron nuestros padres y tíos los presidentes de las fiestas.

Los pequeños formábamos mesa aparte; ¡es claro! como éramos gente menuda no teníamos derecho a sentarnos a la mesa grande.

De vez en cuando venían a reprimirnos; ¡pero qué!, volvíamos de nuevo a reír y a chacotear sin acordarnos de las amonestaciones.

A los postres, nuestro padre hacía uso de la palabra y brindaba por la salud de los abuelos o saludaba su memoria, después de su muerte, por la de los hijos, por los campos, por las cosechas del suelo y por todos aquellos que, con abnegados propósitos, llegaban a nuestra Patria para cultivar sus riquezas y hacerlas útiles.

Algún otro le seguía en el uso de la palabra y, por lo general, entre lágrimas, felicitaciones y aplausos terminaban aquellos grandiosos almuerzos y comidas. Nosotros no

dejábamos descansar el cuerpo en ningún momento;—eran tan contadas aquellas horas!— y brincábamos desafortadamente, saltábamos, gritábamos, dando rienda suelta a todos nuestros anhelos; anhelos locos... que terminaban por rendirnos a la entrada de la noche.

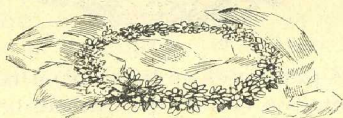


Nuestros parientes se habían ya retirado y nos poníamos a cenar. El ambiente familiar reinaba de nuevo, aunque algo extraño nos parecía. Todos nos mirábamos sofocando nuestras risitas, porque nos estaba prohibido hablar en la mesa sin permiso, pues eso nos hacía incurrir en desatenciones con nuestros mayores.

La cena terminaba apresuradamente; fa-



tigados por el cansancio nos íbamos a nuestras camas, en las cuales comenzábamos a hacer diversos comentarios sobre las travesuras del día, comentarios que duraban muy poco, porque el sueño nos iba rindiendo sin darnos ni tiempo siquiera para saborear el rico bombón que solíamos reservar y que amanecía tristemente aplastado bajo nuestras almohadas.

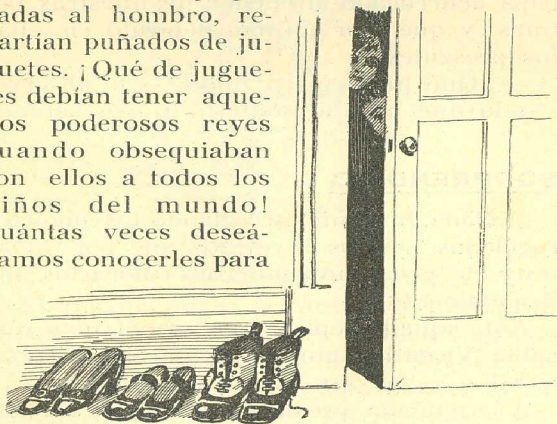




## LOS REYES

¡Oh 6 de enero! Qué infantil todavía suena en mis oídos esta querida fecha.

Con placer la recuerdo; para nosotros pasaba como un sueño de hadas; los zapatitos, los Reyes Magos que representaban tres razas distintas, y que con las maletas cargadas al hombro, repartían puñados de juguetes. ¡Qué de juguetes debían tener aquellos poderosos reyes cuando obsequiaban con ellos a todos los niños del mundo! Cuántas veces deseábamos conocerles para



tributarles nuestros agradecimientos. Pero jamás se dejaban ver, sólo eran visiones, los concebíamos majestuosos, amables, pero nunca tuvimos el placer de conocerles. Hubo un año en que nos propusimos hacer guardia para observarlos y aunque al principio nos pasamos ceremoniosamente el “¡centinela alerta!”, concluimos por quedarnos dormidos y nuestros afanes se vieron frustrados.

Una vez el experto Vicentito, dice vió a papá acurrucado alrededor de nuestras botinas, y que, por último, depositó en ellas los presentes.

—¿Qué haces papá lindo? — le observó, — a lo que papá le contestó lo más sereno:

### **SORPRENDIDO**

— Nada, hijo mío, arreglando los juguetes regalados por los reyes, los que por andar muy de prisa no pudieron colocarlos ordenadamente.

Ante aquella réplica tan formal tuvo que callar Vicentito, aunque aseguraba a porfía que los reyes no habían venido.

A la mañana, presurosos íbamos a recoger

los regalos, los que, a primera vista, engañaban nuestras ambiciones, pues eran bolsitas de aserrín o papeles envueltos en los que se hallaban maliciosamente escondidas órdenes para botinas, sombreros, velocipedos y otros muchos atrayentes objetos.



El día de Reyes se deslizaba tranquilo, una fiesta reposada; pues si bien nosotros no estábamos cansados de las muchas diversiones, nuestros queridos padres lo estaban, y además todos los pequeños aho-

ros se habían despilfarrado en aquellas fiestitas que resultaban tan costosas como las fiestas grandes; y no se podía seguir derrochando un dinero que tanto trabajo costaba ganar.

Nosotros, además, comprendíamos que habíamos sido suficientemente agraciados, y estábamos muy conformes de las bondades de nuestros santos padres que tanto y tanto hacían por nuestra felicidad.

¡Con cuánta ternura y embriaguez de alma hago memoria de aquellos dulces días, en los cuales junto con mis hermanitos gozaba de la rosada infancia, libre de toda desdicha!

*Juan Carlos.*



---

## NUESTRA PRIMERA COMUNIÓN

HABLA OCTAVIO

### EL CATECISMO

El Padre Liberato era un venerable sacerdote de roída sotana, muy místico, y que se había hecho acreedor a las mayores simpatías por sus magníficas prendas morales.

Compañero de infancia de mi abuelo, su amistad se había transmitido a nuestra familia. Con piadoso entusiasmo se interesó en que nuestros padres nos hicieran tomar a Raúl y a mí la primera comunión. Él se encargaría de prepararnos.

Con respetuoso interés





cumplíamos nuestros deberes asistiendo todas las tardes a la sacristía de la parroquia, donde el Padre Liberato nos enseñaba la Doctrina Cristiana.

En compañía de treinta niños más, escuchábamos la palabra suave del sacerdote



enunciada con un timbre ceremonioso. En casa nos mandaron hacer trajes negros que debíamos estrenar el 8 de diciembre.

Nos habían regalado moños de seda blancos, que colocamos en el brazo izquierdo. Estos moños terminaban en flequillos dorados. En el ojal nos pusimos también moñitos blancos,

con medallitas alegóricas.

María Luisa nos confeccionó dos corbatas, en las que se dejaba ver la primorosa habilidad de sus manos. *Mamá Petrona* no

podía olvidarnos y nos obsequió con unas estampitas, en cuyo reverso se leía la siguiente inscripción: "Vicente y Raúl, en el día de su primera comunión. 8 de diciembre de 18..."

### AL TEMPLO

El día esperado llegó por fin y puestos de punta en blanco nos dirigimos a la iglesia acompañados de María Luisa, mamá y otros parientes.

El templo nos causó sensación por sus adornos y esmerado engalanamiento. El ambiente estaba perfumado de incienso y el órgano y coros se dejaron sentir con solemne armonía. Con marcado recogimiento escuchamos la misa, y en la misma forma nos arrodillamos ante el altar mayor, donde el sacerdote, pronunciando las palabras rituales, colocó en nuestras bocas la Hostia Consagrada.

Algún tiempo después hemos podido comprender cuánta verdad encerraban las palabras de Napoleón I, cuando al ser interrogado por uno de sus cortesanos cuál

había sido el día más feliz de su vida, replicó: “El de mi primera comunión.”

Terminado el acto nos retiramos a casa, donde besamos, aun con cierto recogimiento, a todos nuestros parientes.

De las demostraciones de afecto y alegría nadie se escapó, y hasta *mamá Petrona*, que no se acercaba temerosa, quién sabe de qué, fué también víctima de nuestros abrazos y cariños.

A la tarde salimos en coche a visitar nuestras relaciones, a las cuales dejamos estampitas conmemorativas de aquel acontecimiento.

Aun conservo entre mis papeles, como un recuerdo sagrado, la amarillenta y desteñida tarjeta que me habla de aquel día feliz de mi vida.

*Octavio.*



---

## AL COLEGIO

HABLA VICENTE ARTURO

### MIS SEIS AÑOS

Tenía yo seis años y en esa época de mi vida, lo más grande de mi admiración estaba consagrado al colegio.

Mis cinco hermanos mayores, que durante todo el año no hacían otra cosa que hablar de sus estudios, de sus clases, de sus maestros, en una palabra, de la escuela, y mi instinto de aprender, de saber, de hacerme útil, encendían en mi espíritu tales deseos de ir al colegio, que soñaba con el día que pudiera hacerlo.

A la vuelta de casa había un gran edificio en el que estaba instalado el colegio y tanto por lo que yo veía desde fuera, como por lo que oía a mis hermanos, conocía la distribución interna de la casa como si hubiera pasado dentro de ella toda la vida.



Me pasaba las horas enteras pensando en lo que sucedía allí dentro y me decía a cada



momento: Ahora están en el recreo; ahora entran en clase; ya tocan la campana; ya salen.



## A MATRICULARSE

A pesar de que mis deseos parecían no satisfacerse nunca, un buen día del mes de febrero papá me llevó a inscribir, para que cuando se iniciaran las clases pudiera asistir al colegio.

¡Con qué alegría pisé el umbral de la escuela, que mi imaginación consideraba algo sagrado, adivinando en ella un verdadero templo de la ciencia, donde se ofrecía a todos los niños de buena voluntad el modo de aprender, de instruirse, de saber!



Ante mis ojos, el edificio tomaba propor-

ciones inauditas; crecía, se agigantaba, se hacía enorme, grandioso.

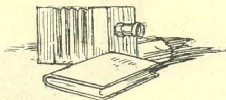
Y con qué satisfacción recibí la palmada cariñosa que el director me dió en una mejilla al decirme:

— ¿De manera que este buen mozo quiere estudiar? ¡Muy bien! ¡Veremos si se puede sacar de él un sabio.

Los quince días que transcurrieron desde el momento de inscribirme hasta aquel en que debía ir al colegio como alumno, fueron días de verdadera alegría, de satisfacción y de regocijo.

¡Iba a estudiar!

¡Aprendería a leer y sabría tantas cosas bonitas y útiles, como las que sabían mis hermanos!



## EL 1.º DE MARZO

Ese fué el día en que, acompañado de mis hermanos, transpuse gloriosamente los dinteles del colegio para entrar de lleno en el pleno goce de mis deseos.

La clase del primer grado — a la que, como es lógico fuí destinado — era bastante numerosa, y entre tantos chiquillos que éramos había muchos que venían al colegio con tantos deseos como yo; pero también había haraganes, que eran traídos a viva fuerza por sus padres.

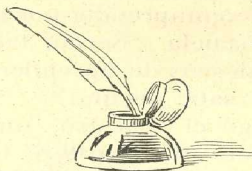
Nunca pude comprender por qué se resistían a ir a la escuela. ¿Serían tan tontos que no tuvieran deseos de aprender, o tendrían miedo, quién sabe de qué?

Cuando llegó el maestro, un bondadoso señor de quien me acordaré toda la vida con los mejores recuerdos, cesó el bullicio propio de tal clase de chicuelos y escuchamos su palabra dulce y cariñosa, que nos traía su primera lección, la lección inolvidable.

Y en esos momentos, esperados durante

tanto tiempo con gran ansiedad, reanudé las promesas de estudio que me hiciera cada minuto y hoy, que ya soy un hombre hecho y derecho, puedo decir sinceramente que las he cumplido con todos mis entusiasmos.

Papá me compró los libros, cuadernos, lápices, etc., que necesitaba, y esos útiles tan sencillos y vulgares, se presentaban a mi fantasía infantil como los instrumentos con que me lanzaba a la conquista de la gloria.



## EL REGRESO

Y cuando volví a casa, después de esas primeras horas de colegio, recibí de la boca de mi buena madre el premio que más apetecía, por mis buenas disposiciones. Un



beso cariñoso y amable, un beso bueno y santo, que parecía querer decirme:

— Sigue, sigue hijo mío. Estudia y aprende, que sólo de esa manera podrás hacerte digno de tus padres y de tu Patria.

Y mi beso, con que agradecía el de mi madre, contestaba:

— Sí, mamita. Estudiaré, aprenderé y no tendrán nunca que avergonzarse de este hijo que tanto les quiere!

.....



Ni esta entrada mía en el colegio, ni mi permanencia de tantos años en él, ofrece ningún detalle digno de mención.

Fuí un alumno estudioso, aplicado, tranquilo, obediente y querido de todos los profesores. Mis exámenes merecieron muchas veces la felicitación de propios y extraños y nunca consideré como un sacrificio, ni me costó esfuerzos de voluntad, estudiar y más estudiar para adelantar y saber.

Si hablo del colegio, es sólo porque constituyó una de las mejores alegrías de mi vida y porque quiero aprovechar estas memorias para consagrar en ellas un recuerdo a esos días de mi infancia y un agradecimiento generoso y franco a todos mis maestros, que modelaron y desarrollaron mi cerebro y merced a cuyos esfuerzos llegué a ser un hombre aprovechado.

*Vicente Arturo.*



## EPÍLOGO

Los originales escritos en pergamino que han servido para componer este libro, han sido modificados por el autor, transportando sus conceptos a la actualidad, en muchos pasajes, para hacer más accesible a los jóvenes su comprensión.

El artista que lo ha ilustrado, ha tenido, asimismo, que transportar usos, costumbres, muebles, trajes, etc., de la época a que se refieren los relatos, al momento presente.

Aunque la edad de los personajes no puede ser fijada exactamente, porque parece que posteriormente al menor de la familia, el hogar a que se refieren los pergaminos se hubiese aumentado con nuevos hijos o nietos que llevaron el mismo nombre que sus ascendientes, hemos dado al abuelo, por darle alguna, la edad de 84 años, aunque parece que viviera muchos más, ordenando de otro modo los manuscritos, y como no se trataba de escribir una historia, no se ha dado mayor importancia a la cronología.

Tampoco se habla de la época en que mueren los demás abuelos, pero de una página algo borrosa y confusa, hemos deducido, que aquellos sobrevivieron poco tiempo al abuelo paterno.

En la página 26 hay un borrón en el original, y, seguramente, bajo él han desaparecido las siguientes palabras: *Al día siguiente*, sin las cuales *las bodas de oro* se hubieran celebrado el día 20 y no el 21 de junio, como dice el texto.

En la página 86 se habla de *fonógrafo*. Esta palabra no está en el original; probablemente diría *máquina parlante*; ni dice tampoco qué piezas tocaba; está el original muy borrado; pero las que ha puesto el autor son muy lindas y de actualidad.

En el texto van otras aclaraciones al pie de página.

